

Capítulo 30. Regresemos al ‘Caso Kastner’

Algunos problemas básicos con El Tren de Kastner • ¿Logra Anna Porter defender a Kastner? • La Suprema Corte • ¿Qué dice Anna Porter sobre *Perfidy*? • El revelador sesgo • Las grandes implicaciones de todo esto

Hemos de decir la verdad, aunque resulte cruel. No. No hay rescate. ...¿Existe una salida? Si, hay una salida. La revuelta y la autodefensa armada.

—Abba Kovner: patriota judío y líder partisano de la Segunda Guerra Mundial¹

El judío húngaro era una rama que hacía mucho tiempo se había secado ya en el árbol.

—Rudolf Kastner: líder sionista laborista, y verdugo indirecto de los judíos húngaros

Una revuelta—¿de quiénes?— ...Para ellos, y millones de judíos como ellos, se cumplió la vieja maldición: ‘Y mira, su destino era ser llevados como ovejas al matadero, para matar, para destruir, para aplastar y humillar.’ ... No tenían manos para pelear. No había ya coraje en ellos.

—Jaim Cohen, procurador general de justicia de Israel, justificando las mentiras de Kastner a los judíos húngaros, quienes subieron a los trenes nazis creyendo que iban a campos de trabajo

Adolfo Eichmann, líder de proyecto de la Solución Final, propuso a los Aliados, a mediados de 1944, liberar 800,000 judíos húngaros a cambio de cargamento. Quería sobre todo varios miles de camiones (llenos de te, jabón, y otros víveres). ¿Era una oferta seria? Nunca lo sabremos. Los gobernantes de Occidente, parece ser, temían que la oferta pudiera ser genuina; prefirieron no averiguar y sabotearon toda posibilidad de cerrar un trato con Eichmann.

Cuando el primer ministro británico Winston Churchill fue enterado de la oferta de Eichmann, escribió: “ ‘Seguro que no podemos negociar con los alemanes sobre esto, definitivamente no sin consultar al gabinete. Éste no es el momento de tener negociaciones con el enemigo.’ ”² *No sin consultar al gabinete...* El comportamiento del mandatario británico naturalmente debe ser colocado en su debido contexto. En una ocasión distinta, fungiendo como *First Lord of the Admiralty* durante la Primera Guerra Mundial, había sido informado por su propia inteligencia naval de negociaciones en curso para comprar la salida de los turcos por una suma despreciable. ¿Su reacción? Churchill *ordenó que no se informara al gabinete* (pues opinaba que querrían pagar) y que cesaran las negociaciones de inmediato. Así pudo salvar su plan de atacar a los turcos en los Dardanelos (Gallípoli), un tremendo fiasco costando decenas de miles de vidas británicas y sin ganancia militar alguna (CAPÍTULO 15). Todo ello empataba perfectamente con su personalidad y sus valores, pues era famoso por considerar que la única opinión que jamás importaba era la de Winston Churchill. Por eso es notable verlo después tan obsequioso con la opinión del gabinete cuando se le presentó una negociación para salvar 800,000 vidas judías.

Ahí no se apresuró a tomar cartas en el asunto; quería oír primero las voces de los antisemitas en el gabinete británico.

La hipótesis obvia: Churchill quería una coartada para no hacer nada, pues había mucha presión en Londres por ayudar a los judíos húngaros.

El 11 de julio Churchill prohibió cualquier negociación.³ Y fue más lejos: su gobierno tomó prisionero a Joel Brand. Éste era el judío húngaro a quien Eichmann había enviado a notificar a los Aliados de la oferta, y cuyo retorno a Budapest, según las instrucciones de Eichmann, sería interpretado como aceptación de la oferta, con lo cual serían soltados los primeros 100,000 judíos. Al arrestar a Brand, Churchill garantizó que ni siquiera esos primeros 100,000 judíos se salvaran. (Sin embargo los historiadores—y en particular Martin Gilbert—nos dicen que Churchill era radicalmente pro judío.)

En Estados Unidos el *War Refugee Board*—creado bajo presión pública del Grupo Bergson, un ramal del sionismo revisionista de Vladimir Jabotinsky (CAPÍTULO 29)—agitaba por socorrer a los judíos húngaros. Bajo esa presión, el gobierno inicialmente se pronunció a favor de que Brand regresara a Budapest, pero astutamente añadió la condición de que los rusos tendrían que estar de acuerdo. Es casi seguro que ya sabían que los rusos se oponían.⁴ Por lo menos hay que bombardear Auschwitz-Birkenau, o las vías de tren que lo alimentan, suplicaron los líderes del Grupo Bergson, seguidos de muchos otros. Roosevelt se rehusó.⁵ También Churchill.⁶ Más de 400,000 judíos húngaros—no fueron 800,000 porque la guerra terminó—fueron enviados a Auschwitz en trenes de carga apretados peor que ganado, gaseados, e incinerados.

Pero la responsabilidad occidental por la tragedia de la judería húngara no descansa solamente sobre los líderes de Estados Unidos y Gran Bretaña. Para quien ponía atención, eso quedó demostrado a principios de los 1950s, cuando el gobierno israelí demandó en las cortes a Malquiel Greenwald (Grünwald), un paupérrimo anciano que, según decía el gobierno, había difamado al funcionario israelí Rudolf (alias Rezsö, alias Israel) Kastner cuando lo acusó de ayudar a los nazis a exterminar a la judería húngara. El juicio produjo un gran escándalo internacional porque, para satisfacción del juez, se documentó que Greenwald era quien tenía razón: Kastner había asistido el genocidio de su propio pueblo. En la corte se demostró también que los aliados de Stephen Wise—Jaim Weizmann, David Ben Gurión, y Moshe Sharett, la troica que había formado el primer gobierno israelí y seguía en el poder (excepto por Weizmann, que había muerto)—estaban implicados en este crimen, pues habían colaborado con el sabotaje de la misión de Joel Brand. Con esto se explicaba que el gobierno de Israel hubiera atacado a Greenwald para defender a Kastner: el gobierno se defendía a sí mismo (CAPÍTULO 21).

Éste fue el tema con el cual iniciamos esta PARTE 7, y al abordarlo se impusieron urgentes preguntas: ¿Por qué? ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudieron líderes del pueblo judío involucrarse en el asesinato de su pueblo? ¿Cómo pudieron aliarse con los nazis? ¿Qué lo explica? Advertí que para realmente entender este fenómeno hacía falta recorrer mucha historia y así poder apreciar el problema cíclico, recurrente, pues es tradicional que los líderes del pueblo judío, generación tras generación, se vean tentados a aliarse con el enemigo.

Repasamos muchos siglos para observar que regresan siempre las condiciones estructurales del judaísmo como minoría perseguida en países gobernados por antisemitas: 1) la Ley de Moisés es para defender a los pobres; y 2) para el rico y poderosos es menos atractiva esa Ley, y resulta más difícil defenderla con el sacrificio del bienestar y hasta de la vida. Así, los judíos acomodados de la clase gobernante a menudo se alían no con sus correligionarios sino con los perseguidores, a cambio de ser exentados de persecución e invitados a ingresar a una especie de asociación con la clase de poder gentil.

Ahí tenemos la explicación general del fenómeno recurrente de las traiciones del liderazgo. Pero llegados al final de la PARTE 7, y nuevamente encarados con el Caso Kastner, al cual prometimos regresar para completar este difícil recorrido, nos hará falta también una explicación más particular que nos refiera a una hipótesis sobre las razones *específicas* que tuvieron *estos* líderes, durante la Segunda Guerra Mundial, para cometer sus crímenes. Eso nos ayudará a entender las condiciones especiales de los judíos israelíes. Pues Ben Gurión y Sharrett continuaron controlando directamente el gobierno por muchos años, y fue su gente la que se adueñó de todas las instituciones israelíes. Tanto que, como lo apunta recientemente el historiador Kenneth Levin, “aun en aquellos tiempos de control del gobierno por parte de la derecha”—cuando seguidores reales y luego nominales del movimiento rival, el sionismo revisionista de Vladimir Jabotinsky, han ganado elecciones—“la enorme burocracia israelí ha permanecido esencialmente en manos de funcionarios de

izquierda, y lo mismo puede decirse de los medios de información gubernamentales.”⁷ *

Si queremos entender la realidad contemporánea de Israel y la vulnerabilidad del pueblo judío, tenemos que entender esto. Pues la contundente continuidad de los laboristas y su ideología en el liderazgo israelí explica que por muchos años *Perfidy*—el libro de Ben Hecht cuya narrativa reseña lo sucedido en el Caso Kastner—fuera prohibido en Israel. También explica que las siguientes generaciones de judíos, tanto en Israel como en la Diáspora, hayan sido educados a repetir que David Ben Gurión y sus aliados fueron grandes héroes del pueblo judío, y sus rivales, los revisionistas, ‘terroristas’ y ‘traidores’ (‘fascistas’ y ‘nazis’ inclusive). Explica, finalmente, que intelectuales afiliados con las grandes instituciones israelíes hayan hecho y sigan haciendo esfuerzos por limpiar la imagen de Kastner (por increíble que parezca).

* En Israel se le dice ‘derecha’ a la tradición del movimiento que lanzó Vladimir Jabotinsky, porque sus rivales del movimiento sionista laborista, liderado antaño por David Ben Gurión, eran de ideología marxista, y a eso se le dice ‘izquierdismo.’ Esta forma de hablar puede prestarse a un sinnúmero de confusiones y también se aprovecha para emitir todo tipo de propaganda. Por lo cual apunto aquí lo siguiente: el ‘derechismo’ de Jabotinsky y sus seguidores no se parece absolutamente en nada a lo que ese término implicaría en Europa, Estados Unidos, o México. Lo que predicaban los ‘derechistas’ de Jabotinsky era simplemente una democracia liberal con economía de mercado.

Aquellos académicos han celebrado mucho el reciente libro de Anna Porter, intitulado *Kasztner's Train (El Tren de Kastner)*, donde la autora defiende que Kastner fue no un traidor sino *un héroe*. El libro fue celebrado también en la prensa de Toronto, la ciudad natal de Porter, y en otros medios canadienses. Me percaté de *Kasztner's Train* cuando un colega mío se presentó a escuchar una conferencia de la autora en Toronto. En el periodo de preguntas y respuestas mi amigo retó a Porter, denunciando que Kastner había traicionado a los judíos húngaros, pues Kastner sabía que serían exterminados y no les advirtió, como era su responsabilidad suprema en tanto que jefe del Comité de Ayuda y Rescate de la Agencia Judía. La intervención de mi amigo merecía una respuesta cuidadosa, pues su interpretación empata con lo establecido en las cortes israelíes y contradice por completo la tesis central de Porter. Pero la autora le contestó alguna vaguedad y evadió el tema.

El libro de Anna Porter es el más reciente y también el más largo de los esfuerzos por defender a Rudolf Kastner. En este capítulo lo examinaremos con cuidado, porque es difícil encontrar una lección más educativa sobre la realidad política de Israel que un análisis de los esfuerzos apologeticos a favor de Kastner. Acercaremos a los argumentos de Porter para estudiar su calidad con el beneficio del contexto de los capítulos anteriores. Mis lectores podrán decidir si las acciones de aquel hombre y de sus aliados realmente tienen defensa, y podrán también derivar lecciones importantes para una comprensión integral del Holocausto y de la vulnerabilidad actual del pueblo judío. Si queremos impedir la repetición de aquel magno crimen hay que absorber primero estas lecciones.

Algunos problemas básicos con *El Tren de Kastner*

El trabajo de una persona debe ser evaluado por sus méritos. Si el autor conoce bien su tema y lo ha investigado a fondo debemos reconocer la calidad del trabajo y no fijarnos demasiado en los títulos profesionales. Por lo cual no necesariamente importa que, previo a *El Tren de Kastner*, Anna Porter se hubiese distinguido no como investigadora en ciencias sociales sino escribiendo ficción. Pero cuando el autor delata no conocer demasiado al pueblo judío—Porter escribe, por citar un ejemplo, que “la cábala [es] un antiguo *texto* hebreo”⁸ (énfasis mío)—tenemos derecho a preocuparnos. Quizá no sea enteramente injusto, en este caso, lamentar las carencias profesionales del autor en ciencia social y en particular en su tema.

¿Es un trabajo de historiografía?

En la introducción, Porter dice que el suyo “es un trabajo de historia popular,” es decir, dirigido al público general.⁹ Pero su libro tiene más en común con una *novela histórica* que con un trabajo de divulgación científica. El novelista histórico a menudo no se justifica con documentación alguna, y cuando lo hace de cualquier manera no provee un compendio detallado, punto por punto, porque se entiende que respetará lo establecido sobre *la época*, mientras que los personajes, escenas, diálogos, y secuencias pueden inventarse o torcerse al gusto según los intereses artísticos del autor. Anna Porter confiesa en sus agradecimientos que estuvo a punto de no

presentar documentación alguna, y que aparecen notas en su libro solo *porque otros la convencieron de incluirlas*.¹⁰

Al parecer ella piensa que son muchas notas, y con ella concurre el *Gazette* de Montreal: “Porter describe su libro *El Tren de Kastner* como una historia popular pero presenta un compendio formidable de documentación para sustentar su compleja y controvertida narrativa. El libro contiene 20 páginas de notas...”¹¹ Los periodistas entonces no revisan con cuidado, o son fáciles de impresionar: el presunto “compendio formidable” no comprende tantas notas y de hecho enormes bloques de texto aparecen sin sustento alguno. Cuando consulto aquellas “20 páginas” al final veo que muchas de las notas no contienen documentación sino que esclarecen algún punto (por ejemplo, semántico) de la prosa, o si no contienen una aseveración adicional, pero sin sustento. Cuando sí se menciona una fuente no se incluye ni página ni capítulo. Quizá Porter logre dar la impresión de rigor científico a ciertos periodistas pero sus estándares no facilitan el ejercicio de la ciencia, pues vuelven laborioso el trabajo de lectores escépticos, como yo, que se interesan en verificar lo que dice.

Lo que mejor encaja con las convenciones de la novela histórica es su prosa. Como ejemplo representativo, cito abajo una conversación que supuestamente tuvo lugar entre Rudolf Kastner y Samuel Stern, presidente del Consejo Judío de Budapest, sobre las presuntas negociaciones de Kastner con los nazis para lograr el salvoconducto de algunos judíos.

Kastner fue a ver otra vez a Samuel Stern. “En principio, tenemos un acuerdo,” le dijo. “Serán treinta mil personas, y creo que podemos pedir que sean quince mil de las provincias y quince mil de Budapest.

Todos los que puedan trabajar trabajarán; para los demás no será necesario.”

“¿Y que les prometió usted esta vez?”, preguntó Stern, cansado. Se había encogido hasta volverse un hombre viejo y decrepito, sosteniéndose ahora jorobado sobre la orilla de su escritorio. Kastner se preguntaba cuánto más tardaría Stern en colapsarse bajo el peso de todo lo que había tenido que soportar. ¿Acaso viviría para ver la salida de los nazis de Budapest?

“Nunca le dicen a uno bien a bien,” le respondió Kastner, “pero aceptarán un depósito de 100,000 pengos. Y quizá tan solo dos millones de francos suizos más tarde. Todo como depósito contra la negociación de [Joel] Brand.”

“¿Eso fue lo que pidieron?”

“No. No precisamente. Es el número que adiviné. Yo les había ofrecido cinco millones de francos por 100,000 vidas.”

Stern suspiró. “¿Por qué?”

Kastner miró por la ventana los ladrillos desnudos y sucios del patio. El sol iluminaba un rincón donde alguien había colgado una canasta con flores azules, ahora marchitas. Quizá la mujer que las atendía había sido arrastrada a la prisión de Sárvár, o a Kistarcsa, o se dirigía a Auschwitz-Birkenau. “Porque, Herr Hofrat, fue lo mejor que pude. Y tenemos que suplir todo: medicinas, alimentos para bebé, y sábanas si—Dios no lo quiera—viene el invierno y estamos todavía esperando [que termine la guerra]...”

* Título honorario de Stern por servicios al Estado húngaro.

Stern asintió de la cabeza.

—Porter (2007:203)

Anna Porter, reitero, se dedica a escribir ficción. Antes publicó un libro autobiográfico intitulado *The Storyteller: Memory, Secrets, Magic, and Lies*, que se traduce como *La Cuentista: Memoria, Secretos, Magia, y Mentiras*. Sobre la última palabra, “mentiras,” Porter explica que en su familia todo mundo era un genio inventando historias. Arriba podemos advertir, en efecto, que Porter pretende haber visto al viejo Stern jorobándose para apoyar su peso en la orilla de su escritorio, y a Kastner apreciando la luz cayendo sobre flores azules pero marchitas que cuelgan en el rincón de un patio; sabe que los ladrillos desnudos del patio están sucios; posee una transcripción mágica de los diálogos más detallados; y conoce los pensamientos y emociones más íntimos de sus protagonistas. Porter confiesa en su introducción que “me he permitido la libertad de reconstruir escenas y diálogo...”¹² Naturalmente: *El Tren de Kaszner* es una novela.

Esto no es lo que toca tratándose de uno de los debates más agudos y dolorosos de la historia del pueblo judío. Si el propósito es demostrar que Kastner fue no un traidor sino un héroe—como lo anuncia el subtítulo de su libro: *La Verdadera Historia de Reszö* Kaszner, Héroe Desconocido del Holocausto*—entonces Porter debe evitar ligerezas y libertades artísticas. Quiere hacer alarde de responsabilidad científica

* Rudolf Kastner llevaba también los nombres de Reszö e Israel. Porter elige llamarlo por su nombre húngaro, Reszö, pero él prefería su nombre alemán: Rudolf.

cuando explica, en su introducción, que “donde le he atribuido emociones o pensamientos a las personas, los basé en fuentes publicadas o sin publicar.”¹³ Pero su método, el cual consiste en embelesar lo que el mismo Kastner y sus aliados escribieron y dijeron, no es la mejor manera de defenderlo, pues inmediatamente puede objetarse que aquellos reportes son quizá más justificativos que honestos.

Porter no parece ni percatarse de este problema. La CBC de Canadá relata: “[L]os hechos son todavía penumbrosos, concede Porter, con versiones contradictorias emanando de distintos testigos. Porter dice que tuvo que ser subjetiva y escoger aquellas historias que parecieran más convincentes.” Es Porter misma quien nos dice que escogió las “historias que parecieran más convincentes” según su criterio *subjetivo*, y no de acuerdo a un criterio científico de sopesar y confrontar evidencia con escepticismo. Podemos entonces preguntar, ¿Qué sesgo influencia la percepción subjetiva de Porter? No es difícil imaginarlo. Porter relata que decidió escribir su libro sobre Kastner luego de hablar con Peter Munk. Este hombre es fundador y presidente de Barrick Gold, el productor de oro más grande del mundo, y es también uno de los judíos acomodados salvados por Kastner.¹⁴ Quizá ello explique por qué en el criterio *subjetivo* de Porter, “aquellas historias” que le parecen “más convincentes” son siempre las versiones de Kastner, de su amante (y cómplice), de su esposa, de los descendientes de estos, y de gente que—como Munk—le debió su vida.

Quizá ello también explique que Porter vierta sus libertades novelísticas en asesinar la personalidad y los motivos—e inclusive la apariencia física—de todo quien no sea

Kastner. El elegante y guapo Kastner es el único con motivos blancos, el único valiente, el único realmente preocupado por salvar vidas judías. Que entablara amistades con los líderes del exterminio nazi es algo de *admirarse*, según Porter, pues fue nada más para poder negociar con ellos las vidas que salvó, y nadie salvó más judíos que él. Quienes lo acusan son todos envidiosos o malvados: gente consumida por el odio, o trastornada por el sufrimiento incomprensible del Holocausto y buscando un chivo expiatorio—o ambos—. Y son feos. Malquiel Greenwald, el hombre que acusó a Kastner en Israel, por ejemplo, “era un viejo sin dientes, decepcionado, y enojado con una *kipá* negra y barba pequeña; su ambición única había sido ser periodista. ...Poca gente se tomaba a Greenwald, o sus frecuentes desplantes de odio, en serio. Sus ataques contra el partido laborista gobernante eran especialmente histéricos...”¹⁵

Nada de esto—huelga decir—equivale a una defensa legítima de Rudolf (alias Reszö, alias Israel) Kastner.

Una tesis difícil

Anna Porter no se detiene con Kastner sino que defiende también a los líderes del sionismo laborista. Entre otras cosas, los defiende de la acusación lanzada por el abogado Shmuel Tamir a principios de los 1950s en el juicio de su cliente, Malquiel Greenwald: que “la Agencia Judía a sabiendas ocultó del Yishuv [de la comunidad judía en Palestina] la noticia del asesinato de los judíos europeos.”¹⁶

Tamir acusó que los líderes de la Agencia Judía callaron sobre el Holocausto para que el Yishuv no forzara a los británicos—amos de Palestina—a abrir las puertas de

aquella tierra a los refugiados. ¿Y por qué? Por dos razones, acusó Tamir: 1) los líderes de la Agencia Judía, David Ben Gurión y Moshe Sharett, y su aliado, el líder de la Organización Sionista Jaim Weizmann, eran los ejecutores abajados de la política británica que buscaba bloquear la entrada a Palestina de la gran mayoría de judíos que deseaban entrar; y 2) ellos mismos no querían judíos eurorientales—la gran mayoría de judíos europeos—en lo que habría de ser la patria moderna de este pueblo. 20,000¿Pero a qué evidencia se refiere? No la menciona.

Un problema me brinca a los ojos: *las fechas*. El Holocausto es la noticia más dramática de la historia moderna, y la Segunda Guerra Mundial había concluido apenas en el año de 1945. Si aceptamos de Porter que la Agencia Judía le informaba a los judíos palestinos sobre el Holocausto mientras sucedía, ellos tendrían que acordarse todavía, a principios de los 1950s, que los habían estado informando. ¿Cómo explicar entonces que Tamir se atreviera siquiera a lanzar sus acusaciones? ¿Cómo explicar que los periódicos israelíes corrieran a repetirlas sin desmentirlas? ¿Y cómo explicar que Tamir no fuera desmentido en la corte, y la Agencia Judía absuelta, con “un repaso breve de la evidencia”?

En todo caso aquí puede invocarse a Porter para refutar a Porter, pues con algo de torpeza se contradice en otras partes de su libro, mencionando evidencia, ahora sí, que sustenta *las acusaciones de Tamir*. Por ejemplo, escribe en una página que “el verdadero impacto de la guerra de Alemania contra los judíos... no fue puesto en la agenda del Comité Central de Mapai una sola vez durante todo 1939 y 1940.”¹⁷ Mapai era el partido de David Ben Gurión, la principal fuerza política en el

sionismo laborista, y el poder controlador en la Agencia Judía. En otra página Porter confiesa que “el primer reconocimiento de la Agencia Judía del exterminio sistemático de los judíos europeos se publicó en noviembre de 1942.”¹⁸ Éste fue el “primer *reconocimiento*”—lo sabían desde antes, probablemente desde mayo de 1942, cuando se enteró su aliado Stephen Wise en Estados Unidos (CAPÍTULO 28)—. Pero la refutación más irónica viene del héroe de Porter: *Rudolf Kastner*. Toda la información enviada a la Agencia Judía sobre la gran matanza, explicó Kastner en la corte de Benjamín Hálevi, “ ‘se mantuvo en secreto de la prensa. Yo les informaba [a los líderes de la Agencia Judía] casi a diario del exterminio. Mis cableados no fueron publicados en ninguna parte.’ ”¹⁹

Pero si bien Anna Porter fracasa defendiendo a los líderes sionistas laboristas, su problema más agudo es la defensa del propio Kastner. Ella concede que en el juicio contra Malquiel Greenwald (por supuesta difamación contra Kastner) las cosas comenzaron *a favor de Kastner*: “El Juez Halevi,” escribe, “dejó entrever al principio que en su opinión Greenwald debería pedirle perdón a Kastner, pagar una multa, y dejar de calumniar a la gente en sus artículos.”²⁰ Lo que pasó, sin embargo, es que en la corte Tamir produjo documentación demostrando los crímenes de Kastner, y luego *Kastner confesó sus crímenes*. Eso terminó por convencer a Hálevi.

Helo aquí el problema para Anna Porter y cualquier otro que se esmere en darle a lo sucedido una interpretación distinta a la de Ben Hecht en *Perfidy*: la confesión de Kastner. Las casi 500 páginas novelizadas en que Porter nos dibuja la supuesta mente y emociones puras del guapo Kastner

simplemente no vienen al caso; hay que lidiar con aquella confesión y la acusación que confirma: que el puñado de judíos adinerados e influyentes ‘salvados’ por Kastner fueron a cambio de su cooperación con el asesinato de alrededor de más de 400,000 judíos húngaros (y habrían sido 800,000 de no haber terminado la guerra). Pero es preciso llegar hasta el final del libro—luego de haber recorrido en secuencia interminable una escena tras otra en la que Kastner emerge siempre apuesto, bien vestido, y heroico—para encontrarse con el esfuerzo de Anna Porter por contrarrestar lo establecido en la corte de Hálevi.

Consideremos ahora aquel esfuerzo.

¿Logra Anna Porter defender a Kastner?

Hay dos puntos a tratar, en orden ascendiente de gravedad. El primero es el esfuerzo (exitoso) que hizo Rudolf Kastner en la posguerra por obtener la liberación del criminal de guerra Kurt Becher. Y el segundo es el esfuerzo (exitoso) que hizo Rudolf Kastner durante la guerra por desinformar a los judíos húngaros de lo que sería su destino si se subían a los trenes de los nazis, facilitando así que su pueblo fuera asesinado.

Mentiras para liberar a Kurt Becher

Después de la guerra, Kastner—testificando en nombre de la Agencia Judía de David Ben Gurión y del Congreso Mundial Judío de Stephen Wise—mintió en Nuremberg para asegurar la libertad de Kurt Becher, uno de los principales exterminadores de la judería europea. Becher dirigía el así llamado

‘Departamento Económico,’ encargado de utilizar despojos de los cuerpos judíos como materia prima industrial. Si eso fuera poco, Kastner abogó también por el exterminador Hermann Krumei.

En la corte de Hálevi, Kastner inicialmente negó categóricamente que hubiese hecho semejante cosa. El abogado de Malquiel Greenwald, Shmuel Tamir, le preguntó si, de haberlo hecho, aquello habría sido un crimen nacional. Kastner estuvo de acuerdo: habría sido un crimen nacional. Luego Tamir produjo la documentación demostrando que Kastner sí lo había hecho y éste se vio forzado a confesar su crimen nacional, aunque—incoherentemente—se empeñó ahora en defenderlo (CAPÍTULO 21).

Porter se pregunta: “¿Por qué hizo un esfuerzo tan grande Kastner para ayudar a Becher?” Lo más importante es lo que su pregunta concede: que Kastner efectivamente hizo “un esfuerzo tan grande” por liberar a un exterminador de judíos. Nadie lo niega: ni Porter ni nadie. ¿Cómo explica Porter aquel “esfuerzo tan grande”? ¿Cómo defiende a Kastner? Así:

Bogyó [la esposa de Kastner] pensaba que la explicación más simple era que Reszö [Rudolf] siempre cumplía con su palabra. Le había prometido a Becher su ayuda cuando la supervivencia dependía de que su palabra fuera aceptada. Bogyó aceptaba completamente que Becher era el único ‘ángel’ en la SS, el hombre que arriesgaba su vida por otros. Hansi [la amante de Kastner] ofreció una explicación distinta. En una entrevista en Tel Aviv en los 1970s, dijo que Reszö había caído redondo por la bellísima condesa de Becher, y que era ella quien le había rogado que atestiguara. Ciertamente, Hermine von Platen estaba

en Nuremberg durante los testimonios de Kastner. “Reszö nunca pudo resistir una mujer bonita,” dijo Hansi. Aunque sea muy razonable aquella ligera propuesta, se sustenta otra explicación en los documentos y cartas: Kastner esperaba recuperar para Israel el tesoro perdido de los judíos húngaros [y que Becher se había robado].—Porter (2007:373)

Porter ofrece puras especulaciones. ¿Y de quien vienen? Una viene de Bogyó, la esposa de Kastner, quien, según la propia Porter, se permitía llamar a Becher—aquel exterminador de judíos y buitre humano que hurgaba en sus cadáveres— “ángel” porque supuestamente arriesgó su vida para salvar vidas judías.

Otra especulación viene de Hansi Brand, amante y cómplice de Kastner. La misma Porter nos ha dicho que durante los días del juicio

[Hansi] tomó las manos de Kastner y lo calmó, como lo había hecho en Budapest, [diciéndole que] el documento que había blandido Tamir en la corte [demostrando que Kastner había luchado por liberar a Becher] no era cosa alguna para avergonzar a Reszö [Rudolf]. Había salvado a Becher porque él—todos ellos—le debían a Becher sus vidas.—Porter (2007:386)

Dado que Hansi estaba implicada en los crímenes de Kastner, se defendía a sí misma.

La otra especulación—que Kastner quería darle a Ben Gurión y Sharett el dinero que Becher había robado a los judíos húngaros—viene de la propia Anna Porter, basada en “documentos y cartas” que resultan ser cartas de Kurt Becher.

Pero supongamos que, abrumados por una efusión de caridad hacia Porter, le damos gusto aceptando cualquiera de sus explicaciones. ¿Qué tenemos? Que Kastner consideraba más ético cumplirle su promesa a un exterminador de judíos que avisarle a los judíos húngaros que éste iba a matarlos; o que Kastner liberó a un exterminador de judíos porque era mujeriego y le gustaba la condesa, igualmente nazi, concubina de aquel; o que para Kastner lo importante era entregarle a Ben Gurión y Sharett el dinero de quienes conjuntamente habían sacrificado, y no subir al patíbulo a los verdugos directos de aquellos judíos. Nada de esto defiende a Rudolf Kastner. La razón es muy simple: lo que hizo no tiene defensa.

En su metralla de hipótesis para explicar el comportamiento de Kastner, Porter no menciona las dos más obvias. La primera es que Kurt Becher y Rudolf Kastner eran amigos, como lo afirmó Becher en la posguerra (es *Anna Porter* quien proporciona el dato).²¹ Y la segunda es que pudo haber una amenaza implícita—y quizá explícita a través de la condesa von Platen—de que Becher delataría a Kastner si lo enjuiciaban en Nuremberg. Y no nada más a Kastner. Anna Porter no parece percatarse de la importancia del siguiente detalle que, nuevamente, proporciona ella misma: “Kastner fue a ver a David Ben Gurión, a quien había consultado antes de ir a Nuremberg para atestiguar a favor de Becher y Krumey” (énfasis mío).²²

Mentiras para asesinar judíos húngaros

Haber liberado a Becher es poco comparado con el otro crimen que confesó Kastner en la corte de Benjamín Hálevi. Durante la guerra, cuando fue a Kluj para supervisar que aquellos

20,000 judíos se subieran a los trenes con destino supuestamente a un campo de trabajo en Kenyermeze, él ya sabía que realmente iban a Auschwitz-Birkenau—es decir, que serían torturados a muerte—*pero no se los dijo*.

Anna Porter torea muy mal este problema, y para colmo lo hace sin atención alguna a la consistencia. Primero niega los hechos cuando escribe que “[Tamir] cuestionó a Kastner sobre su inhabilidad de convencer a otros de la verdad de los campos de muerte.”²³ Mentira. Tamir nunca acusó a Kastner de ser insuficientemente persuasivo en sus advertencias—lo acusó de no haberle advertido a nadie—. Kastner, cargó, les había mentido a sus compatriotas judíos sobre su destino para con ello asegurar la cooperación de los nazis y lograr un salvoconducto para sus 388 familiares, ricos influyentes, y amigos, los cuales fueron subidos a un tren distinto. A todo esto, Kastner confesó.

Para evaluar aquello en su contexto, los siguientes detalles—que Anna Porter jamás menciona—son importantes: 1) cuidando a los 20,000 judíos de Kluj había nada más 20 gendarmes húngaros y un oficial de la SS; 2) la frontera con Rumania, donde ya no estaban siendo asesinados los judíos (porque los soviéticos peleaban en ese momento por el control de Rumania), estaba a menos de cinco kilómetros de Kluj; y 3) Kastner había sido enviado *sólo*—¡no lo acompañó ni un nazi a su pueblo natal!—.

En *Perfidy* Ben Hecht comenta lo siguiente, narrando en tiempo presente la llegada de Kastner a Kluj:

No estoy especulando aquí sobre lo que sabe Kastner. Es lo que admitirá él mismo en la corte de

Jerusalén. Ahí dirá que cuando llegó a Kluj sabía que la deportación de sus paisanos de crianza a Auschwitz estaba por comenzar.

El incidente contiene un gran misterio: el misterio de Hermann Krumei. El Coronel Krumei sabe que Kastner conoce el programa de la SS de deportar a los judíos húngaros a Auschwitz para ser exterminados. Krumei sabe que Kastner conoce el destino de los veinte mil judíos de Kluj: las cámaras de gas. Y los judíos de Kluj [prisioneros en un gueto] no tienen acceso a información alguna, pues han sido aislados del teléfono, transporte, y medios de comunicación. Si Kastner le sopla una palabra de esta verdad a tan solo uno de los judíos condenados de Kluj, la Solución Final entera se arruina...

Sin embargo el Coronel Krumei envía a Kastner a Kluj, a que se encargue él sólo de mover a los veinte mil hombres, mujeres, y niños condenados.

Me quedo observando azorado aquel momento en que se despide Kastner de Krumei para ir a Kluj. La corte en Jerusalén no ofrece nada sobre el misterio de la confianza increíble de Krumei en Kastner, excepto que existió.

¿Acaso es Krumei un Mefistófeles tan brillante que puede ver hasta el fondo del alma de Kastner—luego de haber entablado un contacto tan breve con ella—? ¿O será que Kastner le aseguró a Krumei sobre su honor como judío que no dejaría caer la menor sospecha en Kluj sobre la muerte vergonzosa que esperaba a sus compatriotas? Y si Kastner hizo semejante juramento, ¿por qué habría de creerle Krumei?

¿Qué verdad infernal se esconde detrás de aquella certeza, no solo de Krumei, sino de Eichmann y de los otros asesinos de judíos que le permitieron a Kastner irse a Kluj, convencidos de que no abriría la boca?

...Y he aquí un detalle del cual se retrae temerosa mi pluma. Hay tan solo veinte gendarmes húngaros y un oficial de la SS alemana cuidando a veinte mil personas en el gueto. Y hay miles de jóvenes judíos en buena condición física entre los condenados. La frontera [rumana], y la libertad, están a menos de cinco kilómetros.

...Se cuaja ya un poco de alboroto en uno que otro sótano. Hay quienes alegan resistencia y el escape a Rumania. Los húsares rumanos ya no están asesinando judíos porque les están volando las cabezas en el frente ruso. Es fácil escapar. Tan solo veintidós guardias por derribar.

El Dr. Kastner, moviéndose entre los jóvenes fuertes de Kluj, ayuda a calmar a los alborotadores. Se ayuda de la Organización Sionista. En Kluj los sionistas son los líderes judíos. Y el jefe de todos los sionistas de Kluj es el Dr. Joseph Fisher, suegro de Kastner.* — Hecht (1961:102-03)

En la corte, el abogado de Greenwald, Shmuel Tamir, le pregunta a Kastner, “¿Es cierto, Dr. Kastner, que algunas

* Como lo apunta la misma Anna Porter (2001:17), el suegro de Kastner era un sionista importante que conocía personalmente a David Ben-Gurión, contribuía fondos a los esfuerzos agrícolas en Palestina, y se correspondía con Jaim Weizmann.

personas en Budapest le advirtieron a Usted que todas sus negociaciones con Eichmann tenían como objetivo evitar que los judíos se enterasen del exterminio que les esperaba?” Kastner contesta, “ ‘Sí, hubo quienes expresaron aquella opinión. Y en mi corazón yo sentía lo mismo.’ ”²⁴

¿Lo sentía en su corazón? Lo sabía en su mente.

En abril de 1944, explica el historiador Erich Kulka, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler lograron escapar de Auschwitz-Birkenau y después de muchas aventuras llegaron a Zilina, Eslovaquia, donde contactaron a la organización judía local. Pronto, con la asistencia del ingeniero Oskar Krasnansky de la organización judía de Bratislava, se verificó la identidad de los escapados y se compiló en alemán un reporte de 26 páginas sobre el campo de muerte, incluyendo bosquejos del campo de muerte que mostraban las distintas áreas que debían ser destruidas para trabar la gran matanza. “Krasnansky urgió a los gobiernos Aliados que bombardearan los crematorios y las cámaras de gas en Birkenau y las vías de tren que hasta ahí llegaban.” Se le enviaron copias del reporte, a través de canales clandestinos, a las organizaciones judías en Estambul, Ginebra, Londres, y Budapest. “El primero en recibir copias del reporte de Krasnansky fue el jefe del Comité de Ayuda y Rescate en Hungría, el Dr. Rudolf Kastner. Durante el famoso juicio de Greenwald que comenzó en Jerusalén en 1953, Kastner atestiguó que hacia finales de 1944, había recibido información de las preparaciones que se hacían en Auschwitz para recibir a los judíos húngaros.”²⁵

Es un dato preñado de importancia, pues no hay lugar a duda. Kastner hizo lo que hizo perfectamente consciente de las consecuencias de sus actos. Él sabía a dónde iban a parar sus

hermanos judíos. Él sabía qué destino les esperaba. Y sin embargo asistió el esfuerzo nazi de subirlos a los trenes.

Luego de escuchar a Kastner decir que “en mi corazón yo sentía” que los nazis lo utilizaban para distraer a los judíos de su suerte, el juez Hálevi interviene y se dirige a Kastner despacio y con deliberación: “ ‘¿Le dijo a alguien en Kluj lo que sabía sobre el exterminio que se llevaba a cabo en Auschwitz?’ ” Aquí sigue una serie de aspavientos cantinflascos: retorcimientos de Kastner para no contestar la pregunta. Finalmente el juez lo acorralla: “ ‘A partir de mediados de mayo, cada día salía un tren—trenes sellados que iban a Auschwitz—. ¿Lo sabía usted?’ ”²⁶

El Juez Hálevi se refiere a trenes de carga, en cuyos vagones sellados, casi sin ventilación, los judíos iban apretados unos contra otros, y con los brazos en alto para maximizar el cupo. Entre ellos iban muchos niños. Tenían todos que defecar y orinar parados, en sus ropas, como iban. Se sofocaban. No había comida. Muchos murieron en el camino. Otros sin duda desearon haber muerto. Más de uno enloqueció. Los que llegaban a Auschwitz eran, en su mayoría, inmediatamente gaseados y sus cuerpos incinerados. Los judíos de Kluj se subieron a esos trenes porque Kastner les aseguró que no serían asesinados.

Contesta Kastner: “ ‘Sí. A partir de mediados de mayo yo sabía que esto era un hecho.’ ” El juez Hálevi vuelve a preguntar: “ ‘¿Por qué no le informó usted a los judíos de Kluj sobre lo que sabía? Quiero escuchar su respuesta, Dr. Kastner.’ ” El testigo se desbarata y trata de sugerir que la culpa de todo la tiene su suegro, porque aquel debió adivinar lo que sucedía (aunque Kastner, según su propio testimonio, no se lo hubiera

dicho ni a su suegro).²⁷ Finalmente, Kastner decide culpar a los judíos mismos, y se explaya sobre los sobrevivientes de Kluj— aquellos pocos que fueron enviados a la gran matanza pero que escaparon y vivieron para acusar a Kastner en la corte de Hálevi—:

KASTNER: Su Señoría, siento decirlo, pero la gente de Kluj que atestiguó aquí—en mi opinión, yo pienso que no representan la verdadera judería de Kluj—. Pues no es ninguna coincidencia que entre ellos no se encuentra ninguna figura importante.’ ”—Hecht (1991[1961]:117-18)

Ésta parece ser una respuesta honesta: Kastner, líder húngaro del sionismo laborista del Partido Mapai de David Ben Gurión, defiende su crimen en base a la ideología que cunde entre los líderes de aquel movimiento: *la gran mayoría de los judíos no son ‘importantes,’ y no merecen ser salvados*. Y sin duda no es coincidencia, como afirma Kastner, que no hubiesen venido judíos ‘importantes’ de Kluj a condenarlo en la corte de Halevi—porque los ‘importantes,’ *por definición*, ¡son los que salvó Kastner!—.

Pero falta todavía el crimen mayor de Kastner, mismo que Shmuel Tamir estableció también en la corte: no le avisó a los 800,000 judíos húngaros que los nazis se proponían exterminarlos.

TAMIR: ¿Acaso telefoneó su Comité [de Ayuda y Rescate] de Budapest a otros pueblos y ciudades?

KASTNER: Yo personalmente no. Pero había un subcomité que se encargaba de ese tipo de cosas.

TAMIR: ¿Y los miembros de su subcomité le telefonaron a los otros pueblos y ciudades de Hungría?

KASTNER: No lo se.

(...)

TAMIR: Le propongo, Dr. Kastner, que usted pudo haber utilizado el teléfono para hablar a todos los pueblos y ciudades de Hungría.

KASTNER: Así es.

TAMIR: ¿Habló usted a cualquier otro lugar que no fuera Kluj?

KASTNER: ¿Yo? No, yo no pude. No podía hacer todo yo. Así que me concentré sobre Kluj, por razones obvias.

TAMIR: Dr. Kastner, ¿usted pudo haber telefonado a los otros lugares, como telefoneó a Kluj?

KASTNER: Correcto. Así es.

TAMIR: Entonces, ¿por qué no contactó a los judíos de todos esos lugares por teléfono para advertirles?

KASTNER: No lo hice porque no me alcanzaba el tiempo.

TAMIR: Si Usted estaba tan ocupado con sus actividades políticas, ¿por qué no delegó esta tarea a algún otro empleado de Rescate que estuviera menos ocupado que Usted?

KASTNER: Eso era imposible.

TAMIR: Vamos a resumir—Usted tuvo la oportunidad de comunicarse con todos los pueblos y ciudades de Hungría—.

KASTNER: Sí.

TAMIR: Y Usted, Rudolf Kastner, encabezando el Comité de Ayuda y Rescate Húngaro de la Agencia Judía, ¿no sabe si alguno de sus asistentes hizo el intento de advertirle a los judíos de Hungría?

KASTNER: (muy agitado, gritando) No me acuerdo.

[EL FISCAL] TEL: (brincando) ¡Está torturando al testigo! Este hombre tendrá que ser llevado de aquí en camilla. ¡Es tortura pura!

TAMIR: Si preguntas sencillas se convierten en tortura porque el testigo lucha por evitar contestarlas con la verdad, la culpa no es mía.

JUEZ HÁLEVI: ¿Qué no se siente bien, Dr. Kastner?

KASTNER: Estoy nervioso.

—Hecht (1991[1961]:113-14)

Según Anna Porter,

Tamir le gritó [a Kastner], le preguntó las mismas preguntas una y otra vez, y el juez permitió que esto continuara día tras día. Kastner se fue poniendo pálido y cansado; sus manos temblaban cuando levantaba el vaso de agua hasta sus labios, y en una ocasión se colapsó sobre el banquillo del testigo, su cara bañada de sudor, su puño contra su pecho. Tel repetidamente pidió que Hálevi le pusiera fin a los acosos de Tamir, pero no le hicieron caso.—Porter (2007:386)

Para defender esto Porter no cita pasaje alguno de la transcripción del caso. Pero arriba mis lectores tienen un ejemplo de lo que Tel, muy agitado, interpretó como “tortura pura”—tan severa, en su opinión, que “este hombre tendrá que

ser llevado de aquí en camilla”—. Puede verse también la reacción del juez. ¿Es fiel a los hechos la representación de Porter?

El argumento clave de Anna Porter

Como vimos en el capítulo 21, el gobierno de Israel envió a su procurador general de justicia, Jaim Cohen, para que llevara el caso cuando quedó claro que el fiscal Tel no lograba defender a Kastner. Este Cohen repitió el argumento del propio Kastner para defenderlo: la mayoría de los judíos no merecían ser salvados.

COHEN: Mi ilustre amigo [Tamir] dice que los alemanes hicieron una jugada sucia, utilizando a Kastner para inducir a las masas de los judíos a no resistir, a no escaparse.

¿Cuáles masas? Escaparse—¿a dónde? Una revuelta—¿de quiénes? ... Estos eran judíos que llevaban ya muchos años de persecución, tortura, y sufrimiento eterno, que habían regresado de trabajos forzados en Ucrania—que vieron con sus propios ojos lo que los alemanes habían perpetrado ahí—; son los judíos que fueron torturados para que entregaran sus pertenencias, que fueron apretados en fábricas de ladrillos sin una almohada para su cabeza, sin comida, sin ropa... Para ellos, y millones de judíos como ellos, se cumplió la vieja maldición: ‘Y mira, su destino era ser llevados como ovejas al matadero, para matar, para destruir, para aplastar y humillar.’

¿Éstos iban a escapar? No tenían piernas para correr. ¿Habrían de rebelarse? No tenían manos para pelear. No había ya coraje en ellos.

—Hecht (1991[1961]:163-64)

Con dificultad puede expresarse un desprecio más profundo por los judíos húngaros que el expresado aquí por Jaim Cohen. No servían más que para el matadero, dice, y no se habrían levantado en revuelta aunque Kastner les hubiera dicho que estaban siendo enviados a su muerte. ¿Cómo puede entonces objetarse, protesta indignado, que Kastner no les advirtiera? *Éste* es el argumento que presenta el procurador general de justicia del Estado judío—creado para proteger al pueblo judío de los exterminios—en defensa de un hombre que jugó un papel estelar en el exterminio de más de 400,000 judíos.

Cabe una pausa para digerirlo.

Y éste había sido también el argumento de Jaim Weizmann—líder de la Organización Sionista, y antes colaborador con los nazis en el esfuerzo de destruir el boicot antinazi de 1933—al anunciar en 1937 que abandonaría a los judíos europeos:

“Le dije a la Comisión Real Británica que las esperanzas de seis millones de judíos se enfocaban en la emigración. Me preguntaron, ‘¿Puede traerse seis millones de judíos a Palestina?’ ‘No,’ contesté. ... Los viejos se irán. Soportarán o no su destino. Eran polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral. ... Sólo una rama sobrevivirá... Tenían que aceptarlo...” —citado en Hecht (1991[1961]:20)

Polvo económico y moral... Tenían que aceptarlo...

Éste es, igualmente, el argumento que presenta Anna Porter para defender a Kastner.

En una ocasión Porter pone el argumento en boca de Hansi Brand, la amante y cómplice de Kastner: “Hansi [dijo que]... ellos lo sabían. Todos sabían sobre Auschwitz. Lo habían escuchado de los refugiados de las zonas ocupadas por los nazis. ¿Cómo podía Reszö decirles lo que ya sabían?”²⁸ O sea que según Hansi Brand los judíos húngaros entendían que serían asesinados; se subieron a los trenes en vez de sublevarse porque, en palabras de Jaim Cohen, “no había ya coraje en ellos.” Kastner no tiene la culpa. Pero el problema para Porter es que Kastner confesó que les mintió a los judíos. Y ellos se aferraban a sus afirmaciones porque *querían creer* que no serían asesinados, y *querían creer* en su muy prestigiado líder Rudolf Kastner, tan habilidoso para negociar con los nazis. Kastner afirmó que los rumores eran falsos, que los trenes no iban a Auschwitz sino a Kenyerméze, no al exterminio sino a un campo de trabajo.

Cuando un sobreviviente de Kluj atestiguó en la corte que, de haber sabido cuál sería su destino, él y sus amigos habrían asesinado a los veinte guardias húngaros que los estaban controlando, según Porter Hansi Brand desde atrás pegó el siguiente grito: “ ‘¿Y qué hubieran usado? ¿Cuchillos de cocina?’ ”²⁹ La respuesta obvia es: *por supuesto, cuchillos de cocina, y ladrillos y botellas y cualquier otra cosa que estuviera a la mano*. Miles de jóvenes judíos naturalmente pueden sobreponerse a veinte guardias húngaros. Hansi Brand parece decir que los judíos debían irse callados a su muerte en vez de hacer el intento de sobrevivir (¡!). Esto equivale a la afirmación de Jaim Weizmann concerniendo la gran matanza de judíos europeos: “tenían que aceptarlo.”

En otra ocasión Anna Porter presenta el argumento de Jaim Cohen en labios del mismo Kastner. Cita el comentario de su héroe sobre la poetiza Hana Senesh y otros dos paracaidistas judíos que se habían escurrido dentro de Hungría: según Kastner eran unos “idiotas.” Estos “idiotas” habían venido a organizar la resistencia de los judíos húngaros y debían coordinarse con Kastner pero éste los abandonó. Senesh fue torturada y luego ejecutada.³⁰

En la misma oración Kastner escupe también su desprecio por “‘las ovejas de sacrificio del Gueto de Varsovia.’” Hay que verlo: Porter ‘defiende’ a Kastner citando sus groserías contra indiscutidos héroes admirados por el mundo entero. Éstos son héroes—*ojo*—cuya revuelta comenzó por ejecutar a los colaboradores judíos que hacían el trabajo sucio de los nazis. De ahí, sin duda, la emoción de Kastner: el *stadlan* teme al *sicario*.*

* Algunos definen *stadlan* así: judío acomodado y asimilado que utiliza su influencia y posición para negociar con los poderosos gentiles en pos de la protección de los judíos. Sin duda que ellos mismos invariablemente así se representan ante su comunidad. Pero en una reseña de *Los Judíos y el Poder* de Ruth Wisse, Lyn Julius escribe: “El *stadlan*, o judío de la corte, con facilidad cruzaba la línea para convertirse en *moser*, o informador.” (La palabra “informador” aquí se refiere a gente que proporcionaba información a la clase gobernante gentil que servía para perseguir mejor a la comunidad judía.) Y eso era común porque “Su absoluta dependencia del gobernante los volvía muy confiables”—para el gobernante—.

http://www.democratiya.com/review.asp?reviews_id=174

Cuando los habitantes del Gueto de Varsovia se sublevaron, debo apuntar, ya estaban medio muertos de hambre y habían sido repetidamente maleados y humillados. Pero sería un error—y uno dramático—decir que “no había ya coraje en ellos.” Coraje sobraba: estos fueron los mejores soldados de la Segunda Guerra Mundial, resistiendo a los nazis durante cuatro meses a pesar de que estaban muertos de hambre, sin entrenamiento militar, con pocas y pequeñas armas, e incapaces de reabastecerse. Los judíos húngaros, previo a su evacuación, no habían sido maleados y humillados peor que los de Varsovia; si el abatimiento de los varsovianos no impedía la rebelión, mucho menos el de los húngaros. Basta con evocar a los héroes del Gueto de Varsovia, pues, para refutar la premisa clave de Porter.

Luego está la inversión orwelliana.

La frase de Kastner, “las ovejas de sacrificio del Gueto de Varsovia,” no sale de la nada. Fueron líderes partisanos de la resistencia judía, como Abba Kovner, quienes primero acusaron a sus hermanos de no pelear, de irse como “‘ovejas al matadero.’”³¹ Pero si alguien no tiene derecho a servirse de semejante lenguaje es Kastner, pues *él* no participó en resistencia alguna; al contrario, la docilidad ovina de los judíos húngaros fue su culpa, pues se debió a *la confianza que depositaron en las mentiras de su pastor: Rudolf Kastner*. Y el absurdo es doble, porque Kastner llama “ovejas de sacrificio” a *los rebeldes de Varsovia*; a los que no treparon a los trenes; a los que eligieron ser soldados; a los que forzaron a los nazis a pagar caro por sus vidas porque entendieron a tiempo que no había salida y querían morir peleando.

Si las torpezas anteriores no fueran suficientes, Anna Porter añade lo siguiente:

[Tamir] acusó a Kastner de haber escondido la verdad sobre Auschwitz y de ayudar a repartir la ficción de que todo mundo sería enviado a trabajar en alguna otra parte de Hungría. Se presentaron personas a atestiguar sobre las terribles pérdidas de sus familias, y su convicción de que Kastner los había engañado. Nadie mencionó el destino de aquellos judíos que resistieron. En 1941, por ejemplo, cuando judíos holandeses atacaron a la SS en Amsterdam, cuatrocientos judíos fueron arrestados y torturados a muerte en retaliación.—Porter (2007:398)

Hay cuatro problemas con lo anterior.

Primero, si aceptamos el argumento de Porter que resistir era condenarse a la tortura y la muerte, hemos de preguntar: ¿Cuál fue el destino de quienes no resistieron? La tortura y la muerte. Entonces había que pelear, había que hacer pagar a los nazis por cada judío que se llevaran.

Segundo. En Hungría, a mediados de 1944, las condiciones para una revuelta efectiva eran buenísimas. En Kluj, como vimos, 20 gendarmes húngaros y un oficial de la SS se encargaban de custodiar a 20,000 judíos. El propio Eichmann escribió en la posguerra que una revuelta judía le habría estropeado todo porque los nazis para estas fechas estaban muy escasos de personal. La solución a todo eso fue Rudolf Kastner.³²

Tercero. La revuelta no es la única estrategia posible. Uno puede tratar de huir, de esconderse, de hacerse pasar por cristiano.

Cuarto. El problema más serio es que al ocultar la verdad Kastner les arrebató a sus hermanos la oportunidad de elegir su destino. Decidió por ellos. No tenía derecho. No tiene importancia alguna qué decisión pensaba él que podían o no tomar, ni tampoco si habrían o no de tener éxito.

Los argumentos de Porter no sirven para defender a Kastner porque para ponerlos sobre la mesa, siquiera, es preciso sentir un desprecio por los judíos húngaros equivalente al de un nazi.

La Suprema Corte

Luego de que el juez Benjamín Hálevi fallara a favor de Malquiel Greenwald, el gobierno de Moshe Sharett recurrió el fallo a la Suprema Corte. Éste “fue un procedimiento controvertido,” escribe un historiador.

La prensa preguntó si aquel paso originaba con el propio Procurador General (nivel profesional), o con el Primer Ministro, Moshe Sharett (nivel político)—es decir, que si el Primer Ministro había presionado al Procurador General a tomar este paso—. Y la decisión de meter el amparo de hecho causó la caída del gobierno porque los Sionistas Generales, el bloque más importante de la coalición gobernante, se abstuvo en el voto de no confianza contra el gobierno que presentaron Herut [los revisionistas] y los comunistas sobre la decisión de perseguir el amparo.* —Weitz (1996:9)

* Es decir que la abstención de los Sionistas Generales permitió que hubiera suficientes votos en contra del gobierno.

Basta con examinar lo sucedido en la Suprema Corte para fortalecer la sospecha de un motivo político.

Comienzo por aclarar algo importante. Los defensores de Kasztner han presentado el fallo de la Suprema Corte como una ‘reversión’ del fallo anterior y una ‘exoneración’ de Kasztner. Eso es erróneo en términos estrictamente legales, pues Kasztner no era el acusado. Pero es impreciso también en términos metafóricos, pues la Suprema Corte declaró ‘no difamatoria’ una de las dos afirmaciones clave de Greenwald: la Suprema Corte avaló y sostuvo (5 contra 0) que Kasztner fue en la posguerra a Nuremberg a jurar testimonio para liberar al alto exterminador nazi Kurt Becher.

La Suprema Corte falló en contra de Greenwald (3 contra 2) sobre sus acusaciones concerniendo las negociaciones de Kasztner con los nazis. Pero es importante precisar el argumento de los jueces, pues decidieron que no podían controvertir la evidencia presentada y la confesión de Kastner. Juntaron entonces sus mentes legales para una controversia distinta, no sobre los hechos sino sobre el significado de una palabra: ‘colaboración.’ Al emerger de su controversia, la mayoría expresó que lo hecho por Kasztner no era ‘colaboración.’

“[Kastner] no le advirtió a la judería húngara del peligro que enfrentaba porque no pensaba que sería útil, y porque pensaba que cualquier acción resultando de la información dañaría más que ayudaría... ¿Qué sentido tenía decirle a la gente que abordaba los trenes en Kluj, gente perseguida y azotada por el destino, sobre lo que les esperaba al final de su camino... Kastner habló en detalle sobre la situación, diciendo: ‘El judío húngaro era una rama que hacía

mucho tiempo se había secado ya en el árbol’...” Estoy completamente de acuerdo con mi amigo, el juez Agranat, cuando dice que ‘Los judíos de Hungría, incluyendo aquellos en el campo, no eran capaces, física o mentalmente, de llevar a cabo operaciones de resistencia con fuerza contra el programa de deportaciones.’”

—citado en Hecht (1969:270-71)

Vemos que la opinión ‘a favor’ de Kastner reconoce los hechos confesados: “[Kasztner] no le advirtió a la judería húngara del peligro que enfrentaba.” Entonces la defensa de Kastner descansa sobre un punto semántico: en el sentido técnico y enteramente novedoso de los jueces de la Suprema Corte del Estado *judío*, no hay ‘colaboración’—ni “defectos morales”—para un judío húngaro que envía a cientos de miles de sus hermanos a Auschwitz, siempre y cuando podamos suponer a los judíos húngaros incapaces “física o mentalmente” de resistir o escapar, pues son como “una rama que hacía mucho tiempo se había secado en el árbol.” (Las ramas secas se cortan.) Ya vimos que en el juicio contra Malquiel Greenwald, el procurador general Jaim Cohen había expresado razonamientos idénticos: los judíos húngaros no habrían hecho nada, pues “no había ya coraje en ellos,” y por lo tanto de nada servía advertirles que serían exterminados. Jesin cita arriba la opinión de Shimón Agranat, pero falta la conclusión de aquel: “ ‘No pueden encontrarse defectos morales en aquel comportamiento [de Kastner].’ ”³³ (¿Y el comportamiento de los nazis? ¿Ese tampoco sufre de defectos morales?). Con estas opiniones también concurrió Isaac Olshin, presidente de la Suprema Corte, para establecer una mayoría (3 a 2) en contra de Greenwald (a favor de Kastner).

Los otros dos jueces, I.D. Goitein y Moshe Silverberg, avalaron y sostuvieron la decisión del juez Hálevi afirmando que Greenwald no había difamado a Kastner al llamarlo ‘colaborador.’ Goitein afirmó puntualmente que “la evidencia presentada y que nadie contradice sobre las relaciones Kastner-Becher después de la guerra... coinciden con el fallo de la corte inferior—que los actos cometidos durante la guerra fueron actos de colaboración con los nazis.”³⁴

Pero fue más elocuente Moshe Silverberg, y podemos dar gracias que se sentara en la Suprema Corte del Estados judío tan lúcido defensor de la dignidad humana. Silverberg escribió lo siguiente:

“El propósito de los nazis era un exterminio fácil y pacífico sin esfuerzos especiales, y sin bajas para ellos. Este propósito se logró completamente, o casi completamente. Excepto en dos lugares, los exterminadores no se toparon con resistencia alguna de parte de sus víctimas, ni tampoco se rehusaron a subirse a los trenes. Este éxito asombroso de los nazis fue, como se ha demostrado claramente, un resultado directo de ocultarles a sus víctimas la horrible verdad. Y la pregunta principal es si Kastner participó en ocultárselos. ...Se nos demostró que cuando Kastner estuvo en Kluj el 3 de mayo no le dijo a los líderes locales lo que sabía. Y si no se los dijo de palabra cuando estuvo ahí, definitivamente no se los dijo en las diez conversaciones telefónicas desde Budapest que sostuvo después del 3 de mayo con su suegro, el Dr. Fisher.

¿Y como se comportó hacia las otras ciudades y pueblos? ¿Les avisó sobre la noticia de Auschwitz? Desde luego que no. Nadie lo ha aseverado siquiera.

...La pregunta que nos enfrenta en este juicio es la siguiente: este acuerdo para salvar a [los judíos] prominentes—¿era parte de un plan general [de rescate] o se trataba de una estrategia para el no rescate generalizado?— ...[Kastner dice:] ‘No recuerdo que el Comité [de Rescate] tuviera contacto telefónico con los pueblos y ciudades... No recuerdo si algún miembro del Comité visitó los pueblos y ciudades de las provincias.’

¡Las explicaciones son superfluas! Semejante *amnesia* no le sobrevendría inclusive diez años después si el rescate general de los judíos húngaros, tres cuartas partes de los cuales estaban en las provincias, hubiese sido la meta principal que perseguía durante todos los meses de aquel verano. Porque él [Kastner] encabezaba el Comité [de Rescate]—era su personalidad central y espíritu guía—. ¿Cómo es posible que ‘no recuerde’ si se envió cualquier mensaje, telefónico o en persona, a las masas judías, el rescate de las cuales supuestamente era su consideración principal?

La conclusión, por lo tanto, es que aquello que no recordaba en la primavera de 1954 en Jerusalén no le interesaba en el verano de 1944 en Budapest.

...La declaración del ilustre procurador general de justicia [Jaim Cohen] por lo tanto se encoje hasta convertirse en una opinión: ... ‘Kastner estaba convencido y creía que no había la menor esperanza para los judíos de Hungría, para casi ninguno de ellos, y, a consecuencia de su desesperanza personal, no reveló el secreto del exterminio para no hacer peligrar ni frustrar el rescate de los pocos—por lo tanto actuó de buena fe y no debe ser acusado de haber colaborado con los nazis y haber expeditado el

exterminio de los judíos, aunque, de hecho, ésta haya sido la consecuencia de sus actos’—.”

Interrumpo para que quede claro: Jaim Cohen, el procurador general de justicia de Israel y defensor de Kastner, declaró, como vemos arriba, que Kastner “no reveló el secreto del exterminio para no hacer peligrar ni frustrar el rescate de los pocos”—es decir, los pocos que él había seleccionado en colaboración con los nazis—. *Los hechos no están en disputa, y no pueden estarlo, porque Kastner confesó.* Lo que hizo Cohen fue aseverar, para defender a Kastner, que éste colaboró en el asesinato de un pueblo entero para salvar a un puñado de influyentes y familiares suyos, y que por lo tanto lo hizo... “de buena fe.”

Veamos ahora como reaccionó el juez Moshe Silverberg a este argumento:

“Me veo forzado a denunciar que es muy difícil para mí concebir semejante intención. ¿Esto es buena fe? ¿Puede un hombre sólo, aunque fuese en cooperación con algunos de sus amigos, desesperarse por 800,000 otros que permanecen ignorantes? Esto es, en mi opinión, la consideración decisiva que nos enfrenta. La acusación de los testigos contra Kastner es que de haber conocido el secreto de Auschwitz, entonces miles o decenas de miles podrían haber salvado sus vidas por medio de operaciones de rescate locales, parciales, específicas, o indirectas como pueden ser revueltas locales, resistencia, escapes, buscando escondites, ocultando a niños con gentiles, falsificando documentos, pagando rescates y sobornos, etc.—y siendo éste el caso y tratándose de cientos de miles de personas, ¿cómo puede un ser humano, un mortal, rechazar con

certeza total y un ‘no’ extremo la eficacia de todos y cada uno de los métodos de rescate? ¿Cómo puede examinar las decenas de miles de posibilidades? ¿Acaso él decide por Dios? Ciertamente, quien pueda actuar usurpando de semejante manera la última esperanza de cientos de miles no puede defenderse diciendo que actuó de buena fe...

Podemos concluir con los siguientes tres hechos:

A. Que los Nazis no querían una segunda gran revuelta—una ‘Segunda [Revuelta de] Varsovia’—ni tampoco pequeñas revueltas, y su pasión era que la máquina de exterminio estuviera bien engrasada y trabajara sin resistencia. Esto lo sabía Kastner de la mejor fuente—el propio Eichmann...— Y tenía pruebas adicionales de lo mismo cuando presencié todas las tácticas mentirosas que utilizaron los nazis desde el primer momento de la ocupación.

B. Que la forma más eficaz de paralizar la resistencia o el escape de una víctima es ocultarle a ésta el plan de su asesinato. Esto lo entiende todo mundo y no hace falta que presente prueba o evidencia.

C. Que Kastner, para lograr el plan de rescate para algunos [judíos] prominentes, hizo realidad a sabiendas y sin buena fe el deseo antes mencionado de los nazis, expeditando así el trabajo de exterminar a las masas.

Y también el rescate de Becher por Kastner... Un hombre capaz de rescatar a este Becher de la ahorca demuestra que las atrocidades de este criminal de guerra no fueron, a sus ojos, tan horribles o despiadadas...”—citado en Hecht (1969:272-75)

Los argumentos de Silverberg son transparentemente razonables. Obvios, inclusive. Mientras tanto, las opiniones a favor de Kastner se respaldan en una lógica odiosa que no puede enarbolarse como *vindicación* por persona alguna que no esté ya de acuerdo con los nazis alemanes. Es en lo sumo desconcertante, pero no es imposible que Anna Porter tomara sus argumentos directamente de lo escrito por los jueces de la Suprema Corte israelí que fallaron a favor de Kastner.

Recordemos que el enjuiciado había sido Malquiel Greenwald, no Rudolf Kastner. Por lo cual la evidencia presentada, y sus confesiones, volvían imperativo que Jaim Cohen—mismo que había estado defendiendo a Kastner—ahora lo procesara por crímenes de colaboración. Incómodo. Sobre todo en el clima político y mediático. El periodista Moshe Keren, antes un partidario de Kasztner, ahora escribió en *Haaretz*, uno de los diarios más importantes, que “‘Kasztner debe ser traído a juicio como colaborador nazi. Y en este juicio, Kasztner deberá defenderse como ciudadano privado, y no ser defendido por el gobierno de Israel.’” *Yedioth Ahronoth*, el mayor periódico en lengua hebrea publicado en Israel, escribió: “‘Si Kasztner es traído a juicio, el gobierno entero se enfrenta a un colapso nacional y político total, como resultado de lo que ese juicio pudiera revelar.’”³⁵

Pero no hubo tal juicio. Poco después del fallo del juez Hálevi, Tamir, el abogado de Greenwald, “advirtió en público que Kasztner ahora corría peligro e insistió que fuera protegido día y noche.”³⁶ Tamir tenía razón: Kasztner fue asesinado antes de que pudiera ser juzgado—antes de que las revelaciones de sus actividades pudieran causar ese “colapso nacional y político total” para los gobernantes de Israel—. El presunto

asesino resultó ser un anterior agente de la Shin Bet, la policía secreta.

Luego, a Jaim Cohen se le dio un asiento en la Suprema Corte.

¿Qué dice Anna Porter sobre *Perfidy*?

Para quienes conocen esta historia es obvio que el fantasma que ronda las páginas del libro de Anna Porter es Ben Hecht, pues *El Tren de Kastner* repudia la interpretación de su libro *Perfidy*. Sin embargo en 500 páginas Porter prácticamente no menciona a Ben Hecht. El único esfuerzo por retar directamente lo escrito en *Perfidy* son críticas que transmite en boca de un tal Egon Mayer (fallecido en 2004). Antes de pasar a las opiniones de Mayer dibujemos un poco el contexto para conocerlo mejor.

“Concerniendo el affidavit de Kastner [al Tribunal de Nuremberg] a favor de Kurt Becher,” relata Porter, “Egon Mayer pensaba que Kastner tenía una deuda con el coronel de la SS, y un hombre honorable cumple sus promesas.” O sea que según Mayer un judío que miente ante un tribunal internacional para liberar a un exterminador de judíos es un “hombre honorable” si le había hecho una promesa al nazi en cuestión. Esto nos dice mucho sobre Mayer. Porter también cita a Mayer diciendo: “‘La pregunta que más se oye sobre Oscar Schindler es: ¿Por qué se molestó en salvar judíos? Por contraste, la peor queja contra Kastner es: ¿Por qué no salvó más?’” Porter opina que ésta es una “idea que valdría la pena investigar.” Pero ni siquiera es una “idea.” Es una simple falsedad. La peor queja contra Kastner es que asistió el

exterminio nazi de más de 400,000 judíos húngaros, cuando se suponía que era el funcionario de más alta responsabilidad encargado específica y explícitamente de defenderlos.³⁷

Preguntemos: ¿Quién es Egon Mayer? Es un profesor judío de Brooklyn College, explica Porter, que “ayudó a organizar un evento especial en Nueva York en el invierno de 2000 en honor de la película de Motti Lerner, subtitulada en inglés: *The Kastner Trial [El Caso Kastner]*.” Obviamente, pues, que esa película celebra a Rudolf Kastner, con lo cual se explica que Szuzsi Kastner-Michaeli, su hija, y hoy en día una importante personalidad televisiva en Israel, “vola[ra] a Nueva York para el evento.” Aquel día Mayer moderó un panel de discusión, y al final, “cuando hubo terminado la película y también los discursos de los ponentes, alrededor de doscientos ancianos y ancianas discutieron sobre los eventos del juicio. Se alzaron las voces.”³⁸

El tenor del asunto en ese evento lo deja Porter muy claro cuando nos dice que “un joven retó a todos los ponentes y denunció a Kastner por haberle ‘vendido su alma al diablo’ ” (el propio juez Benjamín Hálevi se había servido de aquella frase). Si el joven “retó a todos los ponentes” podemos inferir que todos ellos—invitados por Mayer—habían defendido a Kastner. En reacción a la intervención del joven, dice Porter, “varios protestaron saliéndose.” El historiador Shlomo Aronson, que había sido honrado con el discurso principal, ahora “le pidió al joven que justificara su posición, ya que era obvio que no había estado en Hungría durante el Holocausto.”³⁹ Porter presenta la respuesta de Aronson como un reproche suficiente. De hecho merece una reflexión. Es

notable que un *historiador* le haya dicho a ese joven semejante cosa.

El principio implícito de Aronson es que nada más los testigos de un evento tienen derecho a pronunciarse a la postre. Aunque lo aceptáramos, de nada le sirve para refutar al joven, pues de ambos lados de la controversia sobre Kastner hay personas que estuvieron allí, en ese momento, en Hungría, y que han presentado testimonios. Pero el doble absurdo, realmente delicioso, es que si Aronson honra su principio entonces debe callar, pues él tampoco estuvo ahí.* Si fuera poco, debe también cancelar su profesión. Para colmo, es el joven—y no el ‘historiador’—quien se apoya aquí en la documentación: el joven le contestó a Aronson “que había leído *Perfidy*, de Ben Hecht, y que no le hacía falta otra fuente.” Y tiene razón, porque *Perfidy* cita la transcripción del caso, incluyendo la confesión de Kastner.⁴⁰

No es ninguna coincidencia que este Shlomo Aronson, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, fuera el principal ponente en aquel evento de Egon Mayer, porque en su libro *Hitler, los Aliados, y los Judíos (Hitler, the Allies, and the Jews)*, se esmera en defender que la culpa del Holocausto la tuvieron nada más los nazis alemanes (precisamente el sesgo opuesto de mi libro, pues yo he querido repartirle responsabilidad a todo quien se la merezca). En particular,

* Según informa la cubierta de uno de sus libros, nació en 1936 en Tel Aviv; en 1944, cuando tenía 8 años, no estaba en Hungría.

http://books.google.com.mx/books?id=96XMb5UCsyYC&dq=shlomo+aronson+hebrew+university&source=gbs_navlinks_s

Aronson exenta de culpa a los Aliados, aseverando que fueron ‘atrapados’ por las circunstancias y por la astucia de la propaganda de Hitler. En todo su libro la palabra ‘eugenismo’ no figura una sola vez.

Concerniendo la cuestión de los judíos húngaros, uno de los principales argumentos de Aronson es que la oferta de Eichmann de liberarlos a cambio de cargamento probablemente no era genuina,⁴¹ y así excusa la conspiración que impidió el retorno de Joel Brand a Budapest (CAPÍTULO 21). Esto es torpe. La forma de poner a prueba la oferta de Eichmann, obviamente, era permitirle a Brand—cuyo más caro anhelo era regresar—que regresara, y ver si Eichmann completaba la primera parte del contrato, soltando a los primeros 100,000 judíos. Que los Aliados hicieran semejante esfuerzo por arrestar a Brand e impedirle que regresara a Budapest sugiere que las dirigencias occidentales de hecho temían estar ante una oferta genuina.

Aronson igualmente exenta de culpa al liderazgo del sionismo laborista. El tema de cómo Stephen Wise, aliado con los líderes de Mapai, saboteó el boicot antinazi de 1933 (CAPÍTULO 28) naturalmente no figura en su libro. La palabra ‘boicot’ ni aparece siquiera en su índice de términos, y hay cuatro escasas menciones de Stephen Wise. Consistente con ello, Aronson defiende al líder laborista y miembro de Mapai Rudolf Kastner.⁴² No debe sorprendernos, por lo tanto, que Shlomo Aronson, como explica Porter en sus agradecimientos, le asistiera en la elaboración de *El Tren de Kasztner*.⁴³ Ni tampoco que Egon Mayer lo invitara a presidir su evento pro Kastner.

Armados ahora sí con el contexto necesario, podemos abordar los comentarios de Egon Mayer sobre Ben Hecht, autor de *Perfidy*, mismos que nos transmite Anna Porter.

Aquel dramaturgo y periodista premiado con el Oscar había reportado sobre el juicio y luego había escrito artículos llenos de odio y aquel terrible libro [*Perfidy*], dijo Mayer. Hecht era un seguidor de Vladimir Jabotinsky y de [Avraham] Stern, era más derechista que Menachem Begin, y estuvo de acuerdo con Shmuel Tamir en todo.—Porter (2007:428)

Jabotinsky, Begin, y Stern han sido todos acusados (por los sionistas laboristas) de ser supuestos ‘fascistas’ y ‘terroristas.’ Pero los hechos son los siguientes. Hecht no era un seguidor de Stern sino de Peter Bergson, el héroe que se desvivió por rescatar judíos durante el Holocausto, que a su vez era seguidor de Jabotinsky (CAPÍTULO 29). Y las acusaciones del supuesto terrorismo de Jabotinsky no tienen fundamento (CAPÍTULO 28). Más tarde trataremos las acusaciones contra Menachem Begin y apreciaremos ahí también la injusticia. El movimiento revisionista de Jabotinsky, como he detallado con cuidado, era el genuino movimiento patriota judío que movió viento y marea, en Palestina, en Europa, y en Estados Unidos, por salvar a los judíos de la trampa en que cayeron cuando sus principales líderes los traicionaron, como ha sucedido tantas veces en la historia de este desafortunado y heroico pueblo. Los revisionistas eran “derechistas” solo en el sentido de que no eran marxistas como los laboristas.

La representación que hacemos aquí de las dos vertientes del sionismo, laborista y revisionista, de hecho puede llamar como testigo a Anna Porter. A pesar de su esmero por

defender a Weizmann, Ben Gurión, y Sharett, Porter se descuida en un pasaje clave de su libro, donde deja escapar que los revisionistas eran los patriotas luchando contra las traiciones de los líderes laboristas.

Se trata del momento cuando, Joel Brand, enviado a Estambul por Eichmann para proponer un trueque a cambio de los judíos húngaros, se dirige a Siria. Era el último lugar a donde deseaba ir Brand porque, como les había explicado a sus colegas laboristas en Estambul, debía regresar a Budapest para liberar a los primeros 100,000 judíos, y no quería arriesgarse a ser arrestado por los británicos en Siria. Ya se daba cuenta Brand cuáles eran las políticas de los británicos. *Hay que ir a Siria*, insistieron implacables los representantes de la Agencia Judía. Hasta que lo doblegaron. Pero iba muy a regañadientes. De camino, cuando el tren de Brand hizo parada en Ankara, se treparon dos revisionistas. Escribe Porter:

[Los revisionistas] le advirtieron a Brand que sería arrestado por los británicos cuando llegara a Alepo [Siria]. Eran extremistas, pensaba Brand, locos revolucionarios. Había conocido a su jefe, Vladimir Jabotinsky, en Estambul. El hombre había denigrado los esfuerzos de todo mundo de salvar judíos menos los suyos. Los británicos tenían que ser forzados a salir de Palestina, dijo. Era la única esperanza para los judíos—un refugio seguro—. Su odio visceral de los británicos lo sustentaba con largas explicaciones, así como sus temores de la complicidad con los británicos de la Agencia Judía que controlaba Mapai [el partido de Ben Gurión y Sharett, y de quienes habían enviado a Brand a Alepo]. Pero Brand no podía darse el lujo de semejantes sospechas: los británicos, después de todo, peleaban contra los

alemanes. Aunque sus políticas en Palestina fueran equivocadas, por lo menos estaban en el bando correcto en esta guerra.

Resulta que las predicciones de los revisionistas se cumplieron.—Porter (2007:188-89)

En otras palabras, los revisionistas tenían razón de que el liderazgo del sionismo laborista, representado en Aleppo por Moshe Sharett, se aliaría con los británicos para traicionar a Brand. Es Porter quien lo dice. Y así lo relata también Ben Hecht en *Perfidy* (CAPÍTULO 21).

Ahora bien, Egon Mayer ‘acusa’ a Ben Hecht de ser un seguidor de Jabotinsky. Aun suponiendo que pudieran impugnarse los valores y las acciones de Jabotinsky esa acusación contra Ben Hecht se quedaría en *ad hómitem*—es decir, un ataque contra su persona, y no contra sus argumentos y documentación en *Perfidy*—. ¿Qué hay de la pregunta *científica*? ¿Acaso cometió Ben Hecht errores importantes—de documentación o de interpretación—en *Perfidy*? Anna Porter no hace el esfuerzo siquiera de encontrarlos (a duras penas menciona el libro). Se limita a esto: “*Perfidy*, me dijo [Egon] Mayer a mí, era el libro más sesgado y más carente de investigación que jamás había leído sobre el tema.”⁴⁴

Si Mayer dijo aquello sin leer el libro de Ben Hecht, muy mal de su parte. Pero peor todavía si lo leyó. *Más de la mitad* de *Perfidy* consiste de citas textuales de la transcripción de los eventos transcurridos en la corte de Benjamin Hálevi y de otros documentos. Sobran un poco las notas cuando los documentos principales son reproducidos enteros en el texto, pero de todas maneras abundan las notas documentando con cuidado todos los puntos de Hecht, y en las notas mismas

también abundan documentos en cita textual, como por ejemplo las opiniones de los jueces de la Suprema Corte que consideraron el fallo de Hálevi. El trabajo cuya documentación deja mucho que desear es el de la novelista a quien Egon Mayer encargó la ‘verdadera’ historia de Kastner: *Anna Porter*.

El revelador sesgo

Porter hace muchas aseveraciones tajantes sobre lo sucedido en la corte de Benjamín Hálevi, pero a diferencia de Hecht no las sustenta con citas textuales de la transcripción. He aquí un ejemplo de cómo habla sobre lo sucedido en aquel juicio:

Tamir utilizó cada oportunidad que tuvo en el juicio para elogiar sus virtudes y de los otros *sabras* [judíos nacidos en Israel] que pelearon y para denigrar a los judíos de la diáspora europea. Para impulsar sus propias ambiciones políticas, habló de su parte en la Guerra de Independencia [israelí] e hizo largos discursos sobre las heroicas batallas, prácticamente sin interrupciones del juez. Le preguntó a los testigos del Holocausto sobre lo que sabían de las fuerzas de resistencia del Yishuv [comunidad judía en Palestina] a las fuerzas británicas. Les explicó sobre las traiciones de las organizaciones de la Agencia [Judía]—encabezadas por los mismos líderes que ahora encabezaban el gobierno—contra el Yishuv. Presentó en la corte relatos periodísticos de las batallas del *Haganá* [la milicia de los sionistas laboristas] contra los ejércitos revisionistas [del movimiento de Jabotinsky], de la traición del gobierno [de la Agencia Judía] contra el Irgún [la principal milicia revisionista].—Porter (2007:396)

Hay mucho de cierto en lo anterior, pero hay que componer el sesgo y luego refutar una gran mentira.

Primero confirmo lo cierto. Shmuel Tamir, es verdad, era mucho más que un abogado: había sido soldado del Irgún, el ejército revisionista, y ahora era un importante político de ese bando. También es correcto afirmar que Tamir no se preocupaba nada más de exponer el crimen de Kastner; buscaba aprovechar el caso para exponer a los principales personajes del liderazgo de la Agencia Judía en Palestina, ahora líderes del gobierno israelí, pues estaban implicados en lo que había hecho Kastner y mucho más (como hemos visto). Es cierto, igualmente, que las fuerzas de la Agencia Judía de Ben Gurión atacaron a sus compatriotas revisionistas—bajo órdenes de los británicos que tanto colaboraban con el exterminio nazi—y luego los atacaron nuevamente *durante la Guerra de Independencia*, cuando se suponía que se habían aliado para vencer a los árabes (más tarde lo veremos con detalle). Finalmente, es correcto afirmar que el juicio, en las hábiles manos de Tamir, se convirtió en una herramienta para educar a los judíos de Israel—y sobre todo a los refugiados del Holocausto que no sabían nada de lo que había sucedido en Palestina—sobre el peligro para todos de que Ben Gurion, Sharett, y sus cómplices siguieran dirigiéndolo todo.

Ahora corrijamos el sesgo: nada de lo anterior impugna la calidad humana de Tamir. Al contrario. El sesgo de Anna Porter, que pretende *culparlo* por educar a los israelíes sobre cuestiones vitales para su autodefensa, es absurdo.

Falta la gran mentira. Porter asevera que “Tamir utilizó cada oportunidad que tuvo en el juicio para... denigrar a los judíos de la diáspora europea.” No proporciona una solitaria

cita para apoyar esto. ¿Será porque no puede? El movimiento revisionista de Vladimir Jabotinsky, del cual Tamir era un soldado orgulloso, era el que se había desvivido por rescatar a los judíos de la diáspora europea cuando los líderes laboristas que tanto elogia Porter los condenaron. *La estrategia entera de Tamir era defender la memoria de los judíos de la diáspora europea*, aquellos judíos que Kastner había traicionado. De haber denigrado a los judíos de la diáspora Tamir se habría aliado con la estrategia de Jaim Cohen, quien, para defender a Kastner, comunicó un desprecio profundo hacia esa desafortunada gente, y aseveró que no merecían ser informados de su inminente destrucción (con lo cual Kastner, según Cohen, quedaba absuelto). Mis lectores saben que Jaim Cohen hizo esto porque—a diferencia de Porter—me tomé la molestia de citarlo. Ahora citaré el argumento de Tamir frente a los jueces de la Suprema Corte de Israel:

TAMIR: Defenderé hoy ante ustedes no solamente un juicio de la historia, no nada más la verdad, sino también a cientos de miles de personas ejecutadas contra quienes la más horrible difamación fue pronunciada aquí: que eran como ovejas para el matadero. Les demostraré que uno no puede purificar y exonerar a Kastner sin exonerar a Becher y a Himmler, y sin concurrir con lo que dijo Hitler de cientos de miles de judíos: “basura del mundo.” Ningún ser humano tiene autoridad para privar a 800,000 judíos de la consciencia de lo que les espera; ¿quién tiene permiso de privarlos de su derecho a intentar escapar, de saltar de un tren, o de cometer el suicidio con honor?; ¿de privar a una madre de su derecho a sacarle los ojos a la bestia antes de que

ataque a su criatura?; ¿de privarlos del derecho a escoger entre la vida y la muerte?

. . . Este no es un juicio nada más de Greenwald o Kastner. La pregunta es si el mismo destino hubiera caído sobre todos los judíos de Hungría de haber sabido toda la verdad. Quiero retar a esta corte: no le apliquen la condena de muerte a estos judíos después de haber muerto. Porque eso mismo es lo que el ilustre Procurador de Justicia [Jaim Cohen] les está pidiendo que hagan.

La nación entera se enfrenta ahora a una prueba moral, a través de ustedes. Estoy rezando porque salgamos bien de esta prueba.

—citado en Hecht (1991[1961]:212, nota 162)

Es obvio, en lo anterior, que Shmuel Tamir *se opuso apasionadamente* a la denigración de los judíos europeos.

Tamir sí atacó la mentalidad de *galut* (de ‘exilio’) de *los líderes* de la diáspora europea. Acusó que aquellos líderes tenían la costumbre de abajarse y agraciarse con las clases gobernantes a las cuales rápidamente se asimilaban, y tenían la costumbre también de aliarse con los ataques contra el pueblo judío. Tamir denunció que lo mismo habían hecho esos líderes durante el Holocausto. En su lista de culpables incluyó a los líderes de la Agencia Judía que tanto habían cooperado con los ataques antijudíos de británicos y nazis (CAPÍTULO 28). Nada de esto puede representarse como Tamir denigrando a los judíos comunes y corrientes que fueron víctimas de aquellos líderes. Eso es absurdo. La defensa del judío común caído en el Holocausto fue la base misma de la estrategia legal de Tamir.

Es *Anna Porter*, como vimos, quien utiliza argumentos idénticos a los de Jaim Cohen para defender a Kastner, comunicando un desprecio total por los inocentes que fueron asesinados.*

Las grandes implicaciones de todo esto

En el famoso sistema de justicia oral anglosajón los abogados acostumbran repasar delante del jurado, a manera de conclusión, todos los pormenores de la evidencia para que puedan verse las conexiones y apreciarse la teoría que explica el conjunto. Hagamos ahora eso.

En primer lugar están los hechos, incontrovertibles porque el propio Kastner los confesó en corte: luego de empezar a correr su torrente auto incriminatorio nadie—ni sus defensores—hizo el menor esfuerzo de negarlos. Al contrario. Ciertamente, los judíos húngaros no fueron advertidos por Kastner,

* Pongo esto en pie de página porque quizá no fuera más que una coincidencia. Pero no deja de ser curioso que Anna Porter no sea cualquier autor sino una mujer riquísima y toda una potencia editorial. El imperio editorial cuya rama canadiense ahora controla Porter, Doubleday, fue fundado en 1897 por Frank Nelson Doubleday, quien “jugaba golf con Andrew Carnegie y John D. Rockefeller,” pues era amigo de los dos grandes financieros del movimiento eugenista que produjo el nazismo alemán. FUENTE: *Once Doubleday Was a King, Now House Gets a New Look*; *Doubleday's Headquarters Get a New Look*; By TERRY CONSIDINE WILLIAMS. *New York Times*; Oct 6, 1996. p. LI1 (2 pages).

aunque su responsabilidad suprema como cabeza del Comité de Ayuda y Rescate fuera (cierto) advertirles. Ciertamente, Kastner mintió, y con sus mentiras subió a los inocentes a los trenes, sabiendo que iban a Auschwitz-Birkenau. Ciertamente, Kastner lo hizo en colaboración con los nazis para conseguir el éxito del exterminio. Ciertamente, Kastner aseguró la tortura a muerte de 400,000 judíos húngaros. Ciertamente, Kastner luego atestiguó en Nuremberg para salvar de la ahorca a los exterminadores. Todo cierto.

Pero no termina aquí nuestra evidencia. No nos interesa nada más la culpabilidad de Kastner. No interesa también cómo fue defendido. Sus defensores, y el propio Kastner, alegaron que “No pueden encontrarse defectos morales en aquel comportamiento [de Kastner],” porque los judíos húngaros no merecían ser advertidos: “no había ya coraje en ellos,” pues “el judío húngaro era una rama que hacía mucho tiempo se había secado ya en el árbol’...” No eran “importantes,” eran “polvo en un mundo cruel, polvo económico y moral... [y] ...Tenían que aceptarlo...” Si esta defensa de Kastner la hubieran hecho alemanes del régimen nazi no habría de qué sorprenderse. Pero no fue así. El crimen de Kastner fue defendido *por el gobierno del Estado judío*. Fue ese gobierno, brutalmente ofendido, quien lanzó una demanda por difamación contra un pobre anciano, Malquiel Greenwald, cuando éste osó denunciar a Kastner. Como vimos, David Ben Gurión, Moshe Sharett, y Chaim Weizmann, fundadores de ese gobierno, estaban todos implicados en el crimen de Kastner (CAPÍTULO 21).

Esto también es evidencia. Es evidencia sobre la estructura de autoridad en el Estado judío, sobre los valores de la gente en la cima, sobre sus probables metas. Porque, como

explica el historiador Kenneth Levin, desde la fundación del Estado judío hasta el momento, “la enorme burocracia israelí ha permanecido esencialmente en manos de funcionarios de izquierda,” es decir, funcionarios del sionismo laborista de David Ben Gurión, “y lo mismo puede decirse de los medios de información gubernamentales.”⁴⁵

El Proceso de ‘Paz’

Regresemos al evento de Egon Mayer para celebrar la película de Motti Lerner, aquella que defiende a Rudolf Kastner, pues está preñado de lecciones.

Según una nota biográfica del famoso website de filme IMDB, Lerner “ha sido un miembro del movimiento de paz en Israel desde 1973.”⁴⁶ Ese movimiento de ‘paz’ es una tradición lanzada por los sionistas laboristas, cuyas manos empuñan el liderazgo de todas las principales instituciones israelíes. Esas instituciones han galardonado a Lerner con el equivalente del ‘Oscar’ por su película elogiando a Kastner.⁴⁷ Tiene sentido: defender a Kastner es defender a David Ben Gurión, implicado en el crimen de aquel. A Shlomo Aronson, autor de *Hitler, the Allies, and the Jews*, lo han galardonado con un premio de la Asociación Israelí de Ciencias Políticas.⁴⁸ No hay coincidencia: Aronson alega la inocencia de Ben Gurión y otros líderes del sionismo laborista. Y de Kastner. De hecho, Aronson asistió a Anna Porter en la elaboración de *Kasztner’s Train* y presidió el evento de Mayer para festejar la película de Lerner. La hija de Kasztner, Szuzsi Kastner-Michaeli, presente en aquel evento, es una personalidad importante de la televisión israelí.

Lo anterior nos permite imaginar cómo la clase gobernante israelí ha venido educando a la población en los medios, escuelas, y universidades. Los sondeos confirman la sospecha. “En 2005 David Ben-Gurion... llegó en segundo lugar en una encuesta que pedía al público israelí identificar a los 200 israelíes más grandes de la historia.”⁴⁹ Yitzhak Rabin ocupa el primer lugar. Si no fuera por el aura de mártir que confiere a Rabin el haber sido asesinado, dicen, Ben Gurión habría ganado. Pero en cualquier orden el resultado es revelador. Los israelíes consideran que sus dos mayores benefactores son Ben Gurión, responsable de salvar el pellejo de Hitler en 1933 (CAPITULO 28), e implicado en el crimen de Kastner, y Rabin, responsable de resucitar a OLP/*Fatah*—creada por un alto líder de la Solución Final nazi (INTRO A LA PARTE 1), y aliada con Irán (PRÓLOGO), el Estado que en voz alta promete un nuevo Holocausto—y traerla al seno del Estado judío.

El israelí común ni conoce ni entiende su historia.

El cineasta Motti Lerner comienza su involucramiento con el movimiento de ‘paz’ en 1973; es el año en que los países árabes, derrotados nuevamente en guerra conjunta contra Israel, cambiaron de táctica y decidieron exigir un Estado para OLP/*Fatah* en Cisjordania y Gaza. A cambio de eso prometían la paz. Todo lo cual llevó al famoso Acuerdo de Oslo (llamado así por el papel intervencionista que jugó el gobierno noruego) que permitió el ingreso de OLP/*Fatah* a Israel. Los propios líderes de OLP/*Fatah* han explicado en público la estrategia de

Oslo como un ‘Caballo de Troya’ para aniquilar a los judíos.* Preguntemos entonces: ¿Qué buscan Motti Lerner y otros defensores de Kastner, aquel colaborador nazi, con su movimiento de ‘paz’? Esto: darle a OLP/*Fatah* lo que quiere: territorio estratégico dentro de Israel (y limpiado de judíos).

Aquí hay harta consistencia. Kastner ocultó a los judíos húngaros el destino de los trenes nazis, y ellos confiando en su líder, treparon dóciles; ahora, los líderes israelíes callan sobre los orígenes nazi de OLP/*Fatah* y ocultan a su ciudadanía el destino del tren de Oslo, y los israelíes, con la misma ignorancia sobre sus propios ‘líderes,’ han permitido que los trepan dóciles al tren de Oslo, del orwelliano Proceso de ‘Paz’ que prepara el siguiente genocidio. Los principales arquitectos de ese proceso, Shimon Peres y Yitzhak Rabin, fueron ambos pupilos y protegidos de David Ben Gurión.

* “Poco después de firmar la Declaración de Principios y el famoso apretón de manos entre Arafat y [el Primer Ministro Israelí] Yitzhak Rabin en el jardín de la Casa Blanca, Arafat le declaraba a sus seguidores palestinos por la televisión jordana que [el Proceso de] Oslo debía ser entendido en términos de la decisión de 1974 del Consejo Nacional Palestino [de la OLP]. Esta era una referencia al así llamado Plan de Fases, por medio del cual la Organización para la Liberación de Palestina obtendría todo el territorio que se pudiera mediante negociaciones, utilizándolo después como la base territorial desde la cual buscar su fin último de aniquilar a Israel” Levin (2005:ix). Naturalmente que la inteligencia del Estado israelí está al tanto.

¿Una paradoja?

—¡Momento!—objetarán sin duda algunos. Aquí hay algo que no cuadra, me dirán. Si los líderes del sionismo laborista—empuñando desde siempre las riendas de la infraestructura institucional del Estado judío—están realmente empeñados en traicionar a su pueblo, ¿cómo se explica que Israel haya podido ganar varias guerras contra sus enemigos árabes/musulmanes? La pregunta es válida y merece una respuesta. No la contestaremos en detalle aquí pues hay que analizar con cuidado ciertos aspectos del sistema político israelí y de las organizaciones de la Diáspora judía, cosa que haremos en las PARTES 9 y 10. Pero adelantemos brevemente el argumento.

La hipótesis defendida aquí es que importantes figuras emergidas de los movimientos de la Emancipación, a la cabeza de las principales organizaciones judías y del sionismo laborista, se proponen traicionar al pueblo judío, como lo han hecho ya en coyunturas clave (CAPÍTULOS 21, 27, 28, 29, y 30). Las victorias militares de Israel parecen poner la hipótesis en entredicho. Recordemos, empero, que en cualquier sistema político los líderes, si bien poderosos, no son omnipotentes: deben siempre preocuparse de una posible revolución, y esa preocupación no solo limita en la práctica el campo de acción sino que a veces tuerce el brazo. Con esto puede explicarse que los líderes laboristas se vieran forzados en varias coyunturas a defender militarmente el Estado de Israel.

Antes del moderno Estado judío, David Ben Gurión y aliados tenían siempre presente una posible revolución, pues sus rivales del sionismo revisionista estaban armados y organizados, y abiertamente los llamaban traidores, títeres de

los británicos para sofocar las aspiraciones sionistas en el Mandato Británico de Palestina. Cada vez que el grupo de Ben Gurión daba paso en falso (y dio varios) los revisionistas se fortalecían. Una traición demasiado obvia habría empujado a una masa crítica de las filas laboristas—a pesar de la propaganda que inundaba sus oídos día tras día (¡y todavía!)—a unirse a los revisionistas para deponer todos juntos a Ben Gurión y aliados.

Luego está la Guerra de 1948. Si el liderazgo laborista no hubiese peleado contra los árabes en esa guerra el pueblo se habría escandalizado, y los revisionistas—que por esas fechas de hecho ganaban mucho prestigio con las filas de los soldados de la milicia laborista *Haganá*—habrían liderado un golpe. Luego de concluida la Guerra de 1948, el *Irgún Tzvai Leumi*, la milicia revisionista, consintió en disolverse para unirse al *Haganá* y todo junto se convirtió en las Fuerzas de Defensa de Israel. Los líderes laboristas conservaron su posición de dominancia, cierto, pero si en el contexto de una nueva guerra internacional no hubiesen defendido a Israel, los simpatizantes revisionistas en el ejército podrían haber liderado un movimiento golpista para deponer a los laboristas.

Consumar la traición última requiere esperar el momento oportuno, conservando siempre el control de las instituciones israelíes (y de la Diáspora), mientras se debilita paulatinamente la posibilidad de resistencia de la población. El asunto es delicado y puede tomar tiempo. Se requiere de visión, de planeación, de persistencia. Las instituciones educativas y mediáticas deben edificarse en tal que sistema de propaganda para construirle a la generación siguiente (que no recuerda las lecciones vividas en carne y hueso porque no estuvo ahí) una

nueva consciencia e identidad. El traidor primero ablanda la carne y luego hinca el diente. Por eso, ocupado en conservar su poder, un liderazgo traidor debe posponer ciertas acciones para cuando las oportunidades sean propicias. En las guerras contra los árabes/musulmanes el sabotaje de la defensa Israelí habría sido prematuro.

Abunda evidencia (considerada con mayor detalle en las PARTES 9 y 10) para apoyar este modelo: conforme los líderes laboristas de Israel lograron socavar y deshacer lo que quedaba del movimiento revisionista fueron gestionando políticas cada vez más arrojadas para debilitar la seguridad del Estado israelí y fortalecer al enemigo musulmán. La alfombra roja para el ingreso de OLP/*Fatah* a Israel, el ‘Acuerdo de Oslo,’ se desenrolló en 1993; Menachem Begin, líder del *Irgún*, había muerto en 1992. No quedaba ya prácticamente nada del movimiento revisionista, pues los encargados de su ramal político estaban cooperando, de hecho, con la nueva estrategia.

Esa nueva estrategia del Acuerdo de Oslo, hemos de reconocer, ha resultado un ardid inteligente. Los musulmanes han demostrado a repetidas instancias que no pueden con los israelíes en el campo de batalla; el Acuerdo de Oslo, con el ingreso de OLP/*Fatah* a Israel, permitió que el terrorismo contra los israelíes se *quintuplicara* inmediatamente después de ser firmado, y que una generación entera de árabes en Israel fuesen educados en el antisemitismo más violento, preparando así un ataque más decisivo *desde dentro*. Mientras tanto, los judíos israelíes fueron bombardeados con la propaganda de ‘paz,’ mucho más difícil de resistir que una traición relativamente explícita en el campo de batalla. Como los judíos

pertenecen a una tradición ética y antibelicista son presa fácil para el argumento mercadotécnico que exige hacer cualquier sacrificio por la ‘paz.’ Aquí comenzó, pues, la desmoralización psicológica que en el método nazi es preludio a un genocidio ordenado con víctimas dóciles. Aquí comenzó a desbaratarse el orgullo guerrero que adquirirían los israelíes venciendo una y otra vez a los árabes en el campo de batalla. Ese orgullo atentaba con estropearlo todo. Había que aislarlos internacionalmente con el movimiento de ‘paz,’ convertir a Israel en un gueto, y regresarlos a la mentalidad ilógica de *galut* (exilio): bajar la cabeza en espera de una gracia, conceder para obtener la aprobación de los antisemitas, sin entender que el antisemita solo respeta el coraje y la fuerza.

El shabetaísmo

El modelo defendido aquí requiere dos cosas. Primero, que los líderes del otrora movimiento patriota, el sionismo revisionista, nunca entendieran la verdadera ideología de los líderes del sionismo laborista. Por eso trataron siempre de *convencerlos*; de hecho, desarrollaron una doctrina que prohibía la lucha armada contra ellos, aunque aquellos les disparasen. Buscaban *unir* al pueblo judío. De haber entendido lo que realmente pensaban los líderes laboristas, lo que realmente tramaban, los revisionistas los habrían expuesto, habrían conseguido con ello el apoyo de la mayoría de los judíos, y habrían lanzado una revolución para deponer a los laboristas.

Segundo, esa ideología de los líderes (no estamos hablando de las filas—*ojo*—) laboristas implica una *misión*. Una misión que busca destruir el judaísmo. ¿Qué ideología puede conferir semejante misión *a un judío*? Una posible

explicación del comportamiento de los líderes laboristas y sus aliados en la cima de las grandes organizaciones judías es que son *shabetaístas*. El shabetaísmo, como vimos, es un extraño movimiento surgido dentro del judaísmo cuya ideología predica la importancia de disfrazarse y aparentar ser otra cosa, y mientras tanto perseguir el fin último del movimiento: *la destrucción del judaísmo* (CAPÍTULOS 26, 27, y 28).

Ahora bien, esta hipótesis—que los líderes de los judíos son shabetaístas—, salvo para quien estudie con cuidado la historia de este pueblo, y en particular la historia del movimiento shabetaísta, es inconcebible. Impensable. Por eso no podía plantearse siquiera—mucho menos considerarse—a principios del siglo veinte, cuando los revisionistas luchaban con los laboristas por el control del movimiento sionista y la dirección futura del pueblo judío. Pues el estudio del shabetaísmo es muy reciente, llevado a cabo sobre todo en la posguerra, sobre la base del estudio histórico del misticismo judío que empezó apenas en los 1930s. Las lecciones de ese trabajo no las han absorbido, y mucho menos comprendido, los patriotas judíos.

Esta hipótesis proporciona una respuesta a la pregunta que tortura la mente de Ben Hecht. El problema es un dato para él incomprensible: “el Coronel Krumev envía a Kastner a Kluj,” el pueblo que vio nacer a Kastner, “a que se encargue él sólo de mover a los veinte mil hombres, mujeres, y niños condenados.” Es decir, cuando Kastner se dirige a Kluj para subir a toda esa gente, 20 mil judíos, a los trenes que los llevarán a Auschwitz-Birkenau—a su muerte—*va solo*. Ningún nazi lo acompaña para verificar que cumpla y condene a su pueblo. Y sin embargo, “si Kastner le sopla una palabra de esta

verdad a tan solo uno de los judíos condenados de Kluj, la Solución Final entera [del pueblo judío húngaro] se arruina...” Entonces, ¿cómo es posible que lo envíen solo?

¿Qué verdad infernal se esconde detrás de aquella certeza, no solo de Krumei, sino de Eichmann y de los otros asesinos de judíos que le permitieron a Kastner irse a Kluj, convencidos de que no abriría la boca?—Hecht (1991[1961]:102

¿Cuál es esa “verdad infernal”? Quizá que Kastner fuera shabetaísta. Los nazis confiaban en él porque compartían la misma ideología: la destrucción del pueblo judío. Por eso sabían que podían enviarlo solo.

Para apoyar esta hipótesis puede reclutarse el testimonio de Adolfo Eichmann, plasmado en 1960 en *Life Magazine* cuando la revista publicó su relato autobiográfico. El gran verdugo, muy lejos de negar su culpabilidad en el genocidio, se jactó de ello y añadió que no tenía el menor remordimiento. Sobre Kastner dijo:

Obedeciendo el decreto de Himmler me concentré sobre las negociaciones con los líderes políticos judíos en Budapest. Un hombre destacaba de entre ellos, el Dr. Rudolf Kastner, representante autorizado del movimiento sionista. Este Dr. Kastner era un hombre joven de mi edad, un abogado de sangre fría y un sionista fanático. Estuvo de acuerdo en ayudar a evitar que los judíos resistieran la deportación [a los campos de muerte], e inclusive mantener el orden en los campos de aglutinamiento, si yo me hacía de la vista gorda y dejaba que algunos cientos o miles de judíos emigraran ilegalmente a Palestina. Ese era un buen trueque. Pues mantener el orden en los campos

por el precio de 15,000 o 20,000 judíos—al final quizá hayan sido más—no era demasiado alto para mí.

Fuera, quizá, de las primeras sesiones, Kastner nunca vino a mí temeroso del hombre fuerte de la Gestapo. Negociamos cabalmente como iguales. A la gente se le olvida. Éramos contrincantes políticos tratando de llegar a un acuerdo, y confiábamos completamente el uno en el otro. Cuando estaba conmigo Kastner fumaba cigarrillos como si estuviera en un café. Mientras platicábamos se fumaba un cigarrillo aromático tras otro, tomándolos de una cajita de plata y encendiéndolos con un encendedor pequeño de plata. Con su gran refinamiento y reserva habría sido un oficial de la Gestapo ideal.⁵⁰

Para Eichmann éste era el mayor cumplido. ¿Y cómo se explicaba Eichmann el comportamiento de su interlocutor? Eso también merece mención.

Resulta que había una fuerte similitud entre nuestra postura de la SS y la visión de estos líderes sionistas, inmensamente idealistas, que luchaban lo que pudiera ser su última batalla. Como se lo dije a Kastner: “Nosotros, también, somos idealistas y nosotros, también, tuvimos que sacrificar nuestra propia sangre para llegar al poder.” Pienso que Kastner hubiera sacrificado a miles o cientos de miles de su sangre para conseguir sus metas políticas.⁵¹

Y los sacrificó.

Luego de la apostasía del falso mesías Shabtai Tzvi, los shabetaístas fueron siempre una minoría clandestina, cierto, pero Gershom Scholem documentó que el shabetaísmo se transmitía en familias, y las familias clandestinamente shabetaístas estaban entre las más ricas, importantes, e

influyentes (CAPÍTULO 28). Las familias que Kastner salvó, esos “15,000 o 20,000 judíos,” como explicó él mismo en la corte, eran precisamente las “importantes.” Ésta, como explicó Ben Hecht, era “la Política ‘de Élite’ de [Chaim] Weizmann,”⁵² aliado de Ben Gurión y jefe de la Organización Sionista: salvar solo a los judíos “importantes.”

El pueblo judío continúa siendo gobernado por judíos “importantes.” En las PARTES 9 y 10 veremos con mayor detalle en qué se han ocupado estos ‘líderes.’

FUENTES

Aronson, S. (2004). *Hitler, the Allies, and the Jews*. New York: Cambridge University Press.

Cohen, M. J. (1986). Churchill and the Jews: The Holocaust. *Modern Judaism*, 6(1), 27-49.

Hecht, B. (1991[1961]). *Perfidy*. Jerusalem: Gefen.

Kulka, E. (1985). Attempts by Jewish Escapees to Stop Mass Extermination. *Jewish Social Studies*, 47(3/4), 295-306.

Levin, K. (2005). *The Oslo syndrome: Delusions of a people under siege*. Hanover, NH: Smith and Kraus.

Marrus, M. R. (1987). The History of the Holocaust: A Survey of Recent Literature. *The Journal of Modern History*, 59(1), 114-160.

Pfefferkorn, E. (1994). Abba Kovner: The Rent Canopy and the Cleft Covenant. *Modern Language Studies*, 24(4), 11-24.

Porter, A. (2007). *Kasztner's Train: The True Story of Rezső Kastner, Unknown Hero of the Holocaust*. Vancouver: Douglas & McIntyre Ltd.

Weitz, Y. (1996). The Holocaust on Trial: The Impact of the Kasztner and Eichmann Trials on Israeli Society. *Israel Studies*, 1(2), 1-26.

Wyman, D. S., & Medoff, R. (2002). *A race against death: Peter Bergson, America, and the Holocaust*. New York: The New Press.

¹ citado en Pfefferkorn (1994:11)

² citado en Cohen (1986:38-39)

³ *ibid.*

⁴ *ibid.*

⁵ Wyman & Medoff (2002:54-55)

⁶ Cohen (1986:42-43)

⁷ Levin (2005:516)

⁸ Porter (2007:393)

⁹ *ibid.* (p.6)

¹⁰ *ibid.* (p.439)

¹¹ Making the case for Kasztner; Controversial figure was a hero, author finds; *The Gazette* (Montreal), October 13, 2007 Saturday, WEEKEND: BOOKS; Pg. I3, 812 words, JOEL YANOFSKY, Freelance

¹² Porter (2007:6)

¹³ *ibid.*

¹⁴ In Depth: Holocaust hero; "Anna Porter on a Hungarian pariah"; September 21, 2006; By Armina Ligaya, CBC News.

¹⁵ *ibid.* (p.375)

¹⁶ *ibid.* (p.389)

¹⁷ *ibid.* (p.61)

-
- ¹⁸ *ibid.* (p.56)
- ¹⁹ citado en Hecht (1991[1961]:91)
- ²⁰ Porter (2007:385)
- ²¹ *ibid.* (p.372)
- ²² *ibid.* (p.387; énfasis mío)
- ²³ *ibid.* (p.384)
- ²⁴ Hecht (1991[1961]:115)
- ²⁵ Kulka (1985:300-01)
- ²⁶ citados en Hecht (1991[1961]:116-117)
- ²⁷ citados en Hecht (1991[1961]:117-18)
- ²⁸ Porter (2007:400)
- ²⁹ *ibid.* (pp.398-99)
- ³⁰ Porter (2007:377)
- ³¹ Marrus (1995:85)
- ³² Hecht (1991[1961]:96)
- ³³ citado en Hecht (1969:275)
- ³⁴ citado en Hecht (1969:276)
- ³⁵ citado en Hecht (1969: 184-85)
- ³⁶ Hecht (1961:200)
- ³⁷ Porter (2007:427-28)
- ³⁸ *ibid.* (pp.426-27)
- ³⁹ *ibid.* (p.427)
- ⁴⁰ Porter (2007:427)
- ⁴¹ Aronson (2004:230-33)
- ⁴² Para darse una idea de la posición de Aronson sobre Kastner, consúltense sobre todo: Aronson (2004:227-31)
- ⁴³ Porter (2007:440)
- ⁴⁴ *ibid.* (p.427)
- ⁴⁵ Levin (2005:516)
- ⁴⁶ <http://www.imdb.com/name/nm0503634/bio>
- ⁴⁷ “IsraDrama Write-Ups, Part 2: Spotlight on Political Theater”; *The Theater J Blog*; December 5, 2007.
<http://theaterjblogs.wordpress.com/2007/12/05/isradrama-write-ups-part-2-spotlight-on-political-theater/>
- ⁴⁸ <http://judaic.arizona.edu/shlomo1>
- ⁴⁹ Ben Gurion: A Political Life / David Ben Gurion and the Jewish Renaissance; Reviewed by Michael Rubner, Professor emeritus, James Madison College, Michigan State University; *Middle East Policy Council* <http://www.mepec.org/journal/middle-east-policy-archives/ben-gurion-political-life-david-ben-gurion-and-jewish-renaissance>
- ⁵⁰ *Life*, Vol. 49, No. 23, December 5, 1960, p. 146
- ⁵¹ *ibid.*
- ⁵² Hecht (1991[1961]:99)